

Brigitte
EN ACCION

Lou Carrigan

¿Quiere usted ser espía?

Han herido a «Tío Charlie». Alguien le ha disparado una bala en la espalda y le ha dejado tirado en un callejón.

La agente Baby se presenta inmediatamente para intentar averiguar quién ha sido el asesino y, mientras su jefe se debate entre la vida y la muerte en la cama de un hospital, ella recuerda cómo le conoció, cómo él le preguntó: ¿Quiere usted ser espía? Y, de ese modo, Brigitte Baby Montfort comenzó el camino para ser la mejor espía de todos los tiempos.



Lou Carrigan

¿Quiere usted ser espía?

Brigitte en acción - 274

Archivo Secreto - 252

ePub r1.1

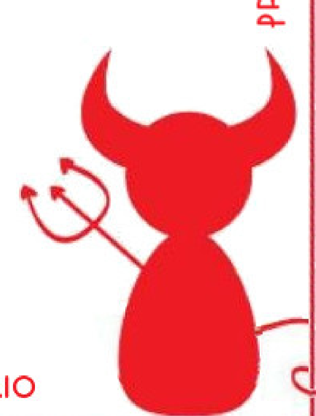
Titivillus 01.06.2017

Lou Carrigan, 1977

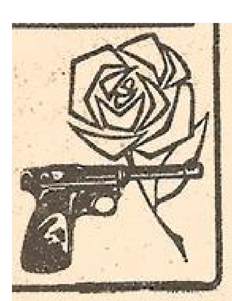
Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



PROYECTO SCRIPTORIUM - MÁS LIBROS, MÁS LIBRES



CUARTO ANIVERSARIO



ARCHIVO SECRETO

Brigitte EN ACCION



Capítulo Primero

—No entiendo por qué tienes que ser tú quien vaya siempre allá —refunfuñó Frank Minello—. También podría venir él aquí, ¿no te parece?

—Ya viene en ocasiones, Frankie —replicó Brigitte Montfort.

—¡En ocasiones…! Vas tú mucho más a ese islote de lo que él viene a Nueva York.

—Malta no es precisamente un islote; al menos, en el sentido despectivo que tú le das. Y por otra parte, es lógico que sea yo quien vaya allí más que él aquí.

—¿Por qué? —Se pasmó Minello—. ¿Por qué es lógico?

—Pues porque en Malta se está mucho mejor que en Nueva York. Y sin huracanes… ¿Está todo, Peggy?

—Sí, señorita —asintió el ama de llaves de la periodista más famosa de América—. Iba a llamar un taxi, pero supongo que Frankie se ofrecerá a llevarla a usted al aeropuerto.

—¡Pues supones muy mal! —vociferó el más querido amigo de Brigitte—. ¡No voy a llevarla a ningún sitió para que se vaya y me deje aquí solo como un mico!

—Llama un taxi, Peggy —sonrió Brigitte, la espía más divina y peligrosa del mundo.

—¡Quieta ahí! —apuntó Minello a Peggy con un dedo tan grandote y fuerte que, ciertamente, parecía el cañón de un revólver —. ¡No harás tal cosa! ¡Antes tendrías que pasar por encima, de mi cadáver!

—Pero, Frankie —sonrió Brigitte—, si tú no quieres llevarme al aeropuerto, y el avión sale dentro de…

—¡Huracanes! —bufó Minello—. ¿Cuántas veces pasan huracanes por Nueva York? ¿Eh? ¿Cuántas veces?

—No hace mucho pasó uno —recordó Brigitte.

—¡Uno, exactamente! Claro, con nombre de mujer: «Belle»…

Está bien, pasó un huracán, pero eso sucede muy de tarde; en tarde. Por lo demás, en Nueva York se está estupendamente.

—Ese es un buen chiste —rió Peggy.

—Oye, cara de peca —adelantó agresivamente la barbilla Minello hacia la rubita y, en efecto, pecosa Peggy—: a ti quién te ha metido en la conversación, ¿eh?

—No seas grosero con Peggy, Frankie —reprendió Brigitte—. No es ése tu estilo. Más bien diría yo que sueles ser amable con ella. Y hasta diría que demasiado amable, ¿no es así, Peggy?

—Casi siempre —sonrió Peggy.

—Bueno, bueno, dejemos eso —farfulló Minello—. ¿De qué estábamos hablando?

—De mi viaje a Malta, para reunirme con Número Uno en su villa.

—Eso, sí. Bueno: ¿qué vas a encontrar allí, que no tengas aquí?

—Para empezar, lo encontraré a él. Luego, estaré unos días guardando silencio, tomando el sol, cuidando palomas mensajeras, flores y arbolitos, y leyendo mucho, escuchando música, oyendo también el canto de los pájaros, el susurro de la brisa del mar en las mimosas y los rosales, el zureo arrullador de las palomas hablando de amor, y veré el azul Mediterráneo, y las gaviotas, el cielo intensamente azul, el aire perfumado de…

—¡No sigas! —aulló Minello—. ¡Me voy contigo!

Peggy se echó a reír de nuevo, mientras Brigitte miraba su relojito, y asentía con la cabeza.

—Si te das prisa, todavía podemos pasar por tu apartamento para recoger tus cosas.

—¿Quieres decir que me llevarías contigo a Villa Tartaruga, a disfrutar de todo lo que hay allá?

—Menos de Número Uno.

Minello abrió la boca, y se quedó así, mientras Peggy se tapaba la boca con las manos para contener las carcajadas. Frankie cerró la boca, la volvió a abrir, la cerró de nuevo… Por fin, estalló:

—¿Has pretendido llamarme marica?

Ahora, Peggy se quedó mirando con expresión atónita a Minello, mientras Brigitte, tras fruncir el ceño, señalaba las maletas y luego hacia la puerta del salón. Estaba bellísima, pero esto no era nada nuevo ni extraordinario. Normal. Sencillamente normal. Lo

sorprendente hasta el pasmo habría sido encontrar fea a Brigitte Baby Montfort. Tan sorprendente como seguir una conversación que a ella le parecía de mal gusto…, cosa que Minello comprendió en el acto.

—He… he querido decir… homosexual…

—Peggy, querida, creo que será mejor que me pidas un taxi —ignoró Brigitte a Minello.

—Mujer… —imploró Minello—. Ya sé que tú no piensas esas cosas de mí, que has querido decir que podría tener todo lo de Villa Tartaruga menos a ese tipo… Lo cual es lógico, claro… Ha sido una broma mía, ¿comprendes?

—Peggy —dijo Brigitte—: oigo como el rumor de un insecto. No te olvides de echar un poco de insecticida por el apartamento, antes de marcharte de vacaciones.

—Sí, señorita —contuvo de nuevo la risa Peggy.

—¿A quién estás llamando insecto? —bramó Minello—. ¡No será a mí, que soy alto, fuerte y guapo como… como… como Número Uno! ¡No será a mí!

—¿Me ayudas con las maletas, Frankie? —pudo decir, entre risas, Peggy.

—¡Los insectos no pueden cargar con maletas! ¡En cuanto a eso de llamarme insecto a mí…!

El sonido del carillón de la puerta del apartamento llegó hasta el salón, repetidamente, con exigencia que sorprendió a los tres. Peggy miró a Brigitte, que asintió con la cabeza, autorizándola a ir a abrir. Mientras Peggy salía del lujoso salón, Brigitte se miró con displicencia las bien arregladas manos. Unas manos de apariencia delicada, suave; bellísimas manos…, capaces de matar a un hombre de un solo golpe, de manejar cualquier arma, de conducir cualquier vehículo terrestre, anfibio o aéreo. Unas manos temibles…, pero mucho menos temibles que el cerebro que latía en aquella linda cabecita de largos cabellos negros, ojos azules, boquita sonrosada, barbilla firme y delicada a la vez, con un hoyuelo vertical en el centro…

—No soy un insecto para ti, ¿verdad? —murmuró Minello, tras contemplarla en silencio unos segundos.

Brigitte se puso una mano tras una orejita.

—Me parece oír el zumbido de un insecto —dijo como hablando

consigo misma—. Tendré que decirle a Peggy que eche insecticida.

—¡No me gusta que me llames insecto!

—¡Qué insecto tan molesto! Zumba tanto que…

Brigitte se calló de pronto, porque Peggy reapareció, acompañada por Simón-Floristería, cuyas pisadas había identificado ya la espía internacional. Simón-Floristería, el ayudante de Charles Alan Pitzer, jefe del Sector New York de la CIA. Para Brigitte, tío Charlie, simplemente. Por cierto que tío Charlie no acompañaba a Simón esta vez, lo cual era bien raro… En cuanto a Simón-Floristería, apenas mirarlo Brigitte se sobresaltó, al verlo tan pálido. Más que pálido: estaba lívido, y tenía desencajado el rostro.

—¿Qué ocurre, Simón? —exclamó Brigitte.

Simón-Floristería tragó saliva, y dijo:

—Han matado al señor Pitzer.

El rostro de la espía internacional se demudó, quedó blanco como la leche. Minello también palideció, y se acercó más a Brigitte, la tomó de un brazo, y la llevó hacia un sillón, donde la sentó. Durante unos segundos, pareció que nadie pudiese reaccionar en modo alguno.

Por fin, Brigitte musitó:

—Dios mío…

Y rompió a llorar, en silencio. Enormes lágrimas, que parecían brillantes, se deslizaban por sus mejillas, de pronto, con una fluidez que dejó sobrecogido a Minello. Simón-Floristería se acercó a ella, se arrodilló delante, y le tomó las manos, que estaban frías.

—Qui… qui… zá todavía… todavía no esté muerto —tartamudeó el hombre que en el momento actual tenía el mando de la CIA en el Sector New York—. No parece que haya esperanza alguna, pero…

—¿No está muerto aún? —Le miró Brigitte con los ojos muy abiertos.

—Bueno, no… Qui… quiero decir que no lo estaba cuando me avisaron de lo ocurrido, pe… pero… Bu… bueno, la verdad es que la herida ha sido clasificada como mortal de necesidad…

—La herida… ¿Qué clase de herida? ¿Cómo ha sido?

—Le han disparado un balazo al corazón…, por la espalda.

—Por el amor de Dios… —gimió Brigitte.

—¿Se sabe quién ha sido? —preguntó Minello, reaccionando por

fin.

—No. Simplemente, el señor Pitzer fue hallado en la calle, caído de bruces, con un balazo en la espalda. Parece ser que fue hallado en aquel mismo momento, y seguramente, eso evitó que lo rematasen… Lo que quiero decir es que unos muchachos que pasaban por allí oyeron el grito de dolor, y corrieron a ver qué ocurría… Todo lo que ocurría era que había un hombre tendido de bruces en el suelo, con la espalda llena de sangre. Llamaron una ambulancia, y eso es todo.

—Pobre hombre —murmuró Minello—. Debió retirarse hace ya tiempo, y vivir tranquilamente unos cuantos años. Se lo merecía, después de toda la vida dedicada al servicio de los intereses y la seguridad de Estados Unidos. ¡Todo esto es una porquería, y en cuanto a ti, Brigitte, agente Baby, cualquier día te disp…!

—No es momento de lamentaciones ni de temores, Frankie —le interrumpió suavemente Brigitte, retirando con un dedito las lágrimas de sus mejillas—. Lo que vamos a hacer, nosotros tres, es buscar al hombre que ha disparado contra tío Charlie. Por dos motivos. Uno, que la persona que lo haya matado no va a vivir mucho, pues también tío Charlie es… o era para mí un Simón. Y dos: qué convendría saber los, motivos por los que han disparado contra él. Algo se debe estar tramando en Nueva York, y quizá, como primera medida, han decidido eliminar al jefe del Sector…

—Pero si no ha sido en Nueva York —dijo Simón—. Ha sido en Ottawa.

—¿En Ottawa? ¿En Canadá? —se sorprendió Brigitte—. ¿Y qué hacía tío Charlie en Canadá?

—Bueno, yo creo que era simple labor de rutina trimestral: fue a ver a nuestro residente en Ottawa, para cambiar impresiones sobre el trimestre anterior, planificar el próximo, y, en general, asegurarse de que la conexión entre ambos Sectores estaba funcionando con normalidad.

—Pero no había ocurrido nada importante o peligroso, o sorprendente, hasta entonces —puntualizó Brigitte.

—No, no. Ya le digo que era pura rutina. Ultimamente, el señor Pitzer hacía ese trabajo en un día escaso. Salía de aquí en avión, se entrevistaba con el jefe de la CIA en el Sector Ottawa, y regresaba el mismo día, casi siempre a tiempo de cenar. Algunas veces cenaba

en el avión, pero eso era todo. Hace muchísimo tiempo que no tenemos problemas especiales en el Sector Ottawa.

Brigitte se quedó mirando, con expresión hierática, por el gran ventanal que daba a la terraza. Estuvo así unos segundos, hasta que, de pronto, parpadeó, y se puso en pie.

—Está bien. Naturalmente, nos vamos ahora mismo a Ottawa.

—Sabía que diría eso —asintió Simón—, así que ya pedí el helicóptero. Llegará de un momento a otro a la terraza de este edificio, como otras veces.

—De acuerdo. Peggy —miró Brigitte a su ama de llaves—, no voy a llevarme más que mi maletín y una maleta con ropa adecuada, que vas a prepararme en seguida, por favor. Luego, llamas… No, pones un telegrama a Número Uno, y le dices que retrasaré el viaje unos cuantos días. No le digas nada sobre lo sucedido al señor Pitzer.

—Muy bien, señorita. Pero si el señor me pregunta dónde está usted…, ¿se lo digo?

—Naturalmente.

—Esta vez, voy contigo —murmuró Minello—. ¡Y no me digas que no, porque digas lo que digas, iré!

—De acuerdo, Frankie.

—¡Y yo te digo que…! Ah. Bueno, pues eso: de acuerdo. Y yo ni siquiera necesito equipaje.

Brigitte asintió, se pasó las manos por la cara, como queriendo suavizar la tensión de sus facciones, y tras reflexionar unos segundos, miró a Simón.

—Usted no va a venir, Simón.

—¡Pero…!

—No podemos dejarnos llevar por sentimentalismos —movió la cabeza la espía—. El Sector New York no puede quedar sin jefatura, así que usted se quedará. Y no me diga que colocará a otro hombre, porque no lo acepto. ¿Cómo saber lo que realmente está tramando la persona… o quizá «las personas» que se han ocupado de quitar de en medio a tío Charlie? Es muy posible que no estén tramando nada en Canadá, sino que estén planeando algo aquí, en Nueva York, y en ese caso, quiero que usted se quede al frente del Sector. ¿De acuerdo?

Simón-Floristería no podía discutir a la agente Baby. En primer

lugar, porque dondequiera que ésta se encontrase, tomaba el mando del Sector automáticamente, si lo deseaba: En segundo lugar, lo que ella decía tenía sentido, como siempre. Y en tercer lugar, porque aunque Brigitte no hubiese tenido más autoridad que él, ni hubiese dicho cosas con sentido, Simón-Floristería la habría obedecido: hacía años que sabía que cuando Baby empezaba algo, fuese lo que fuese, siempre lo terminaba… Y mejor que nadie.

—De acuerdo —dijo—. Por lo tanto, quiero a todos los agentes en estado de alerta…, pero que esto no sea evidente, Simón. Como si nada estuviese ocurriendo, pero pase el aviso de que todos, absolutamente todo el personal disponible, debe ponerse a trabajar, a escuchar, a pulsar todos sus resortes, a vigilar su zona… Quiero la máxima vigilancia en todos los sentidos, y con la máxima discreción.

—Me ocuparé de ello. Y le avisaré si llegamos a saber algo… Creo que deberíamos subir ya a la terraza, pues el helicóptero debe estar a punto de llegar. Le daré instrucciones al piloto sobre el lugar en que debe dejarla…

—Dejarnos —corrigió Minello—: Yo no me separo de Brigitte, por nada del mundo.

—¿Qué quiere decir? —se sorprendió Simón.

—Quiero decir que, si se han cargado a Pitzer, quizá es porque están tramando algo contra el Sector New York de la CIA, y eso quizá sea porque se han enterado de que Baby pertenece a ese Sector, lo que podría significar que se la quieren cargar también a ella, y que utilizan a Pitzer como cebo. Todos los espías del mundo saben que el mejor modo de atraer a la agente Baby a un lugar determinado es matar allí a un agente de la CIA. Con más seguridad acudirá Baby, si a quien han matado es a su viejo amigo y jefe de Sector.

Simón parpadeó, y luego miró a Brigitte.

—Quizá Frankie tenga razón. En ese caso, usted no debería intervenir en esto. Deje que nosotros…

—Supongo que se da cuenta de la tontería que está diciendo, Simón —cortó Brigitte, casi secamente.

—Bueno, mi intención…

—Sé muy bien que su intención es buena… hacia mí, pero las cosas se harán como yo he dicho. Y si lo que pretendían, realmente,

era atraer a la agente Baby a una trampa, pues… allá ellos: la agente Baby va hacia la trampa…

Capítulo II

El helicóptero tomó tierra cerca de Ramseyville, en el cruce de carreteras convenido por la radio del helicóptero, entre el piloto de éste y el personal de la CIA en Ottawa. La distancia entre esta ciudad y la pequeña localidad de Ramseyville era tan corta que no valía la pena seguir más tiempo con el helicóptero. Era mejor dejarlo, en aras a una mayor discreción, y, en el sitio convenido, subir al coche que les llevaría al término del viaje.

Y allá estaba el coche, desde luego. El piloto del helicóptero hizo unas señales de luz, y muy cerca, entre unos árboles, destellaron los faros de un coche, que apareció pocos segundos después. Cuando se detuvo en el lugar donde había aterrizado el helicóptero, éste estaba ya volando de nuevo, alejándose, regresando a su Sector. Si la agente Baby llegaba a precisar un helicóptero, el jefe de Ottawa, es decir, Simón-Ottawa, se lo proporcionaría. Todo cuanto Baby pidiese tenía que serle facilitado, a la mayor brevedad…

Del coche se apeó un hombre, que se acercó a Minello y a Brigitte, contemplando atentamente a la admiradísima Baby. Eran las siete y media de la tarde; una tarde que ya casi era noche, debido a la gris oscuridad que ocasionaban los densos nubarrones que cubrían el cielo. En aquellos momentos, Brigitte Montfort debía haber estado volando hacia el Este, en busca del sol y del amor…, y en lugar de eso, estaba bajo un cielo gris oscuro, como hinchado de lluvia y frío invernal, pese a ser verano; tampoco acudía allí con intenciones amorosas, ciertamente.

—Sea bien venida —murmuró Simón-Ottawa.

—Gracias —le tendió la manita Brigitte—. ¿Todavía sigue vivo?

—Por ahora, está aguantando —asintió Simón, mirando fugazmente a Minello.

—Bien. Este es un amigo, Simón. Un amigo personal, al que llamaremos Tuthankamon.

—¿Tuthankamon? —se sorprendió Simón—. Bien, de acuerdo. ¿No es un nombre muy complicado?

—No.

—Es nombre de momia de faraón —refunfuñó Minello—. Y he comprendido la indirecta, desde luego. Tengo que estarme calladito, ¿no es así?

Frankie colocó la maleta de Brigitte en el portaequipajes del coche, y éste partió, en dirección a Ottawa. Al volante, iba otro agente de la CIA, que se había quedado como hipnotizado al ver nada menos que a la agente Baby en carne y hueso. Junto a este agente, iba Simón-Ottawa, vuelto hacia el asiento de atrás, donde viajaban Brigitte y Frankie.

—En realidad, no puedo explicarle nada, ya que Pitzer no ha podido hablar en ningún momento, y el caso ocurrió cuando él estaba solo…

—¿Ya se habían entrevistado ustedes?

—No, no. El atentado se llevó a cabo muy pronto, hacia las diez y media de la mañana, que es la hora en que Pitzer acostumbraba llegar a mi oficina. Bueno, esa oficina es una tapadera, claro, en la que parece que las actividades son…

—No me lo diga. Simón, no quiero saber nada de eso. Sólo quiero saber qué pasó con tío… con el señor Pitzer.

—Sí, comprendo. Bueno, verá usted: yo tengo una oficina en cierta calle, y Pitzer venía allí a entrevistarse conmigo; para cualquiera, nuestras entrevistas eran simplemente comerciales. El proceso era el siguiente: Pitzer llegaba en avión a Ottawa, tomaba un taxi o el coche de línea desde el aeropuerto a la ciudad, y, una vez en ésta, entraba en cualquier sitio a tomar un café y a telefonearme; hacía sonar mi teléfono una sola vez, y colgaba. Luego, volvía a llamar. Yo sabía que era él, descolgaba mi auricular, y preguntaba: ¿eres tú, Wellington? Entonces, él colgaba y venía ya a mi oficina. Si alguna vez, alguien le hubiese atendido diciendo cualquier otra cosa, Pitzer habría colgado igualmente… pero se habría ocupado de saber qué había ocurrido. ¿Comprende?

—Comprendo. Es un modo como otro cualquiera de garantizar la seguridad en las entrevistas.

—Ya sé que a usted el método le parece un poco anticuado —murmuró Simón-Ottawa—, pero tenga en cuenta que nosotros;

también somos mayores, y que nuestros métodos siempre nos fueron bien.

—No he dicho nada de eso —alzó las cejas Brigitte—. Bien: ¿le llamó a usted el señor Pitzer?

—Sí, sí. Más o menos, a la misma hora de siempre. Él llamó una vez y colgó, llamó de nuevo y yo pregunté: «¿eres tú, Wellington?», y él colgó y yo colgué, y me dispuse a recibirlo. Bueno… Comprendí que algo había ocurrido cuando a las once aún no había llegado. Ni a las doce. Ni a la una. Así que movilicé a mi personal… Poco después de las tres, lo habíamos localizado: había sido ingresado, con su nombre auténtico y con urgencia, en el Hospital del Sacre Coeur, con una herida de bala en la espalda. Una herida que se consideraba mortal, y así me apresuré a notificárselo al subjefe del Sector New York, quien me dijo que reuniese los máximos datos posibles para presentarlos a la persona que llegaría a ocuparse del asunto…

—¿Usted sabía que yo podía ser localizada en el Sector New York? —preguntó Brigitte.

—Claro que no. Y no he sabido que era usted quien llegaba hasta que me lo ha dicho el piloto del helicóptero, en nuestro contacto, por la radio hace unos minutos.

—¿Quiere eso decir que Pitzer nunca le dijo a usted que Baby está encuadrada en el personal de su Sector?

—Jamás me lo dijo, y ni tan siquiera insinuó eso.

—Pues sí que era discreto —masculló Minello.

—Todavía es, puesto que sigue vivo —murmuró Brigitte—. Siga, Simón: ¿qué datos ha conseguido reunir?

—Bueno, después de localizar a Pitzer y enterarme de su estado, avisé a New York, y allá me dijeron que reuniese los datos… Me he dedicado a ello, pero me temo que no va a servirle de nada lo que he averiguado. Pitzer estuvo en un lugar llamado Hugonote *Snack*, en Pretoria Avenue. Allí tomó café, y luego llamó por teléfono. Salió, se dirigió hacia Bank Street, y se metió en la primera calle a la derecha… Y fue aquí, apenas recorridos unos metros, cuando recibió el balazo. Cayó de bruces, sin duda gritando, y unos muchachos oyeron el grito y acudieron. Avisaron una ambulancia, y eso es todo…, aparte de que uno de los muchachos cree que oyó el chirriar de unos neumáticos casi al mismo tiempo que el grito; un

poco después, en todo caso.

—Lo que podría significar que alguien disparó al señor Pitzer desde un coche, que luego continuó por Pretoria Avenue hacia Bank Street.

—Sí… Tuvo que ser algo así. Pero nadie recuerda el coche, y nadie sabe nada de nada. Si usted quiere, la llevaré a ese lugar, pero no creo que saque nada en claro viendo un par de calles y el sitio donde cayó Pitzer.

—¿Y en el Hugonote *Snack*?

—Todavía no hemos estado allí. La verdad, no hemos tenido tiempo de más. Pero si quiere que vayamos al Hugonote…

—Lo pensaré —dijo Brigitte—. Por el momento, lo único que me interesa, de verdad, es que el señor Pitzer salve la vida. ¿Hay probabilidades?

—La operación fue bien —movió la cabeza Simón—, pero sería casi milagroso que se salvase. La bala no acertó el corazón por un milímetro… Ya es milagroso que esté vivo todavía.

—Entiendo —Brigitte se pasó la lengua por los labios, que estaban secos y fríos—. Entiendo. Llévenos directamente al Hospital del Sacre Coeur…, pero pararemos antes de llegar, para que Tuthankamon baje del coche.

—¿Yo? —Se irguió Minello—. ¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Saldrás del coche, y llegarás al Sacre Coeur unos minutos más tarde que nosotros.

—¿Tengo algo especial que hacer?

—Naturalmente, querido: no te he traído sólo para que hagas de momia, sino para colaborar en lo que haga falta. De modo que voy a darte unas instrucciones, y, mientras tú las cumples, yo estaré visitando a nuestro estimado señor Pitzer…

* * *

Parecía muerto.

Pero la enfermera de turno, en la vigilancia constante que se realizaba sobre Charles Alan Pitzer, aseguró que «todavía» estaba vivo. Increíble, pero seguía viviendo.

Brigitte Montfort se acercó más a la cama, y se quedó mirando aquel rostro delgado, que ahora parecía de cera. De cera blanca. Tío

Charlie tenía los ojos cerrados, la boca exangüe, las facciones como sumidas, chupadas. Desde dos metros de distancia, en aquella nueva situación de su vida, Brigitte Montfort contemplaba al hombre que en cierta ocasión, años atrás, le había preguntado: «¿quiere usted ser espía?». Años atrás… ¡Dios mío, cuántos años atrás…! Entonces, Pitzer era todavía un hombre que podía considerarse con vitalidad de joven, pero ahora, con más de sesenta y cinco años, estaba en pleno descenso hacia la vejez…, si es que llegaba.

Brigitte sentía una congoja tan profunda, que no se explicaba cómo podía contener las lágrimas. Más cerca del herido que ella, la enfermera de turno la contemplaba con curiosidad, y todavía con admiración. Se podía decir que todavía tenía la boca abierta desde que viera a Brigitte. Abierta de pasmo, de admiración… Detrás de Brigitte estaba Simón-Ottawa, en la misma habitación. Y nadie más. Afuera, en el pasillo, había un hombre, colocado allí por Simón-Ottawa.

Ya era de noche. En la ventana de la habitación se reflejaban las luces de Ottawa. Lejano, se veía un destello rojo, que aparecía y desaparecía. Algún anuncio. Un anuncio de vida: beba esto, coma aquello, fume lo otro, compre tal cosa, consuma tal otra… La vida seguía en tecnicolor, alrededor de aquel hombre que tanto había significado en la trayectoria de la agente Baby, en su proyección hacia el espionaje… «¿Quiere usted ser espía?». Ahora, aquel hombre estaba en una cama, más blanco que las sábanas, medio muerto, recibiendo plasma, vigilado cada segundo, cada suspiro que emitiese…

Sonó una queda llamada a la puerta, y Simón se acercó a abrirla. Apareció la cabeza del hombre del pasillo. Simón le escuchó, asintió, se acercó a Brigitte, y le susurró:

—Es Tuthankamon: quiere hablar con usted.

La agente Baby asintió, y abandonó la habitación. Regresó cinco o seis minutos más tarde. Simón continuaba en el mismo sitio. Miró a Brigitte con inevitable curiosidad, pero se guardó muy bien de hacer ninguna pregunta. Si algo había que decir, Baby lo diría en el momento oportuno.

—¿Tiene usted turno toda la noche?

La enfermera se quedó pasmada mirando a Brigitte. Sí, se había dirigido a ella, la miraba a ella.

—Sí… Sí, señorita, toda la noche. Hasta que transcurran veinticuatro horas desde la operación, este hombre tiene que estar en todo momento bajo vigilancia adecuada.

—¿La vigilancia de usted es adecuada?

La enfermera enrojeció.

—Naturalmente. Sé muy bien cuál es mi trabajo, y si ocurre algo que yo no sé cómo afrontar, sé cómo llamar al médico de turno.

—¿La he molestado? —sonrió Brigitte.

Hasta ese instante, la enfermera se había sentido mucho más que molesta: incluso irritada. Pero cuando Brigitte Montfort sonrió, se encontró a sí misma sonriendo a su vez, y negando con la cabeza y de viva voz.

—No… Claro que no. Comprendo su estado de ánimo.

—Gracias. ¿Le parecería mal que me quedase con usted toda la noche?

—No está permitido.

—¿Por qué no?

Nuevo desconcierto por parte de la enfermera.

—Se supone que los visitantes no pueden hacer nada por los enfermos, y sí en cambio están muy capacitados para molestar.

—Le agradezco la franqueza —sonrió de nuevo Brigitte—. Pero yo no molesto nunca en ninguna parte.

—Quizá sería conveniente que hablase usted con sor Sulpice —vaciló la enfermera—. Desde luego, yo no puedo autorizarla a quedarse, lo siento.

—¿Dónde está sor Sulpice?

—Oh, no creo que tarde mucho en venir por aquí. Ella se pasa la noche en vela, recorriendo todas las habitaciones donde hay pacientes en estado de gravedad. Me temo mucho que no aceptará la presencia de ustedes en esta habitación.

—¿Dónde puedo encontrarla ahora?

—Tiene un cuarto al final del pasillo. Seguramente está allí ahora, descansando un poco antes de dedicarse a deambular toda la noche por las habitaciones.

Brigitte hizo un gesto, fue hacia la puerta, y Simón la siguió. Salieron los dos. La enfermera se quedó mirando la puerta durante unos segundos. Luego, encogió los hombros, y se acomodó mejor en la butaca. El herido no se movía ni siquiera para respirar… ¿O ya

no respiraba? Se inclinó sobre él, y acercó un oído a la boca de Charles Alan Pitzer. Bien: todavía estaba vivo. Pero no se movía su pecho, ni su rostro, ni la garganta, ni siquiera las aletas de la nariz. Era como un muñeco de cera. La imagen de la Muerte.

«No aguantará hasta el nuevo sol», pensó la enfermera.

La señorita bellísima y elegante regresó quince minutos más tarde, para asombro de la enfermera. Se acercó a la cama, y estuvo contemplando al herido quizá cinco minutos. Luego, se acercó a la pequeña cama supletoria de la habitación, se tendió en ella, y segundos después se oía su respiración, sana y limpia, clara, profunda. La enfermera se quedó atónita una vez más. Desde luego, sabía, o mejor dicho, comprendía, que allí estaba ocurriendo algo raro, pero, ¿de qué se trataba? Y desde luego, en cuanto sor Sulpice comenzase su ronda, y encontrase allí a la muchacha de los ojos azules, se iba a armar una buena…

Sor Sulpice llegó casi una hora más tarde. Abrió y entró sigilosamente, miró a Brigitte, y se acercó a la cama. La enfermera la escrutó, esperando su reacción, pero la monja se llevó un dedo a los labios, y luego señaló a Brigitte. Nueva estupefacción por parte de la enfermera. ¿Sor Sulpice permitía que aquella mujer pasase allí la noche?

La monja estuvo un par de minutos examinando al herido, tomándole el pulso. Le alzó un párpado, puso dos de sus finísimos dedos en un lado del cuello… Era un cuello flaco, seco, arrugado. ¿Quién podía haber disparado contra aquel pobre hombre? ¡Parecía tan indefenso, tan insignificante…! Sor Sulpice dio por terminado su examen, y miró de nuevo a Brigitte. La enfermera miraba a la monja. ¿Acaso no iba a decir nada? Todos conocían el genio de sor Sulpice, y no era precisamente bueno, no… La monja tenía ya más de setenta años, al decir de algunos incluso había cumplido los ochenta, pero, claro, debían ser exageraciones. Sor Sulpice era bajita y gordita, de ojos diminutos, muy negros. Su piel era asombrosamente tersa, sonrosada. Sí, podía tener incluso noventa años y aparentar sólo sesenta. Llevaba unos lentes en verdad graciosos, de cristales rectangulares. Era toda una institución en el Hospital del Sacre Coeur, casi una reliquia. La enfermera no conocía a nadie del hospital, que nunca hubiese oído hablar de la monjita. Había más monjas en el Sacre Coeur, desde luego, pero ninguna

como sor Sulpice; se la podía distinguir entre mil monjas, con su hábito blanco, su toca impertinentemente antigua, sus negros zapatones…

Sor Sulpice volvió a llevarse un dedo a los labios, y abandonó la habitación. La enfermera, sin salir de su asombro, miró a la bella durmiente…, que no dormía, como ella había creído. La estaba mirando, y había en sus enormes ojos azules una extraña sonrisa. Volvió a cerrar los ojos, y de nuevo la enfermera oyó su respiración pausada y fuerte, regular.

Hasta las seis de la mañana, en que fue relevada, la enfermera asistió a la más asombrosa demostración de sueño y de vigilia de que tenía noticia en toda su vida: cada vez que ella se movía, la durmiente abría los ojos, la miraba, y volvía a dormirse. Dos veces que salió al pasillo a fumar rápidamente otros tantos cigarrillos, cuando regresó se encontró a la señorita Montfort sentada en su cama, mirando fijamente al herido; al verla aparecer a ella, volvía a dormirse. Así de fácil.

A las seis de la mañana, la enfermera fue sustituida…, y cuando salía de la habitación, todavía miró otra vez a la durmiente, que tampoco dormía ya: estaba tendida, pero mirando fijamente a la enfermera del relevo, como si la estuviese pesando, midiendo, calculando su edad, sus pensamientos, sus intenciones… Eran unos ojos muy hermosos los de aquella mujer, sin duda alguna. Hermosos…, pero extraños. Extraños, sí, porque había en ellos, en el fondo, toda una vida, que la enfermera no podía ni siquiera imaginar.

A las seis y cuarto de la mañana llegó un médico, que con la ayuda de la enfermera de turno efectuó una cura al herido, sin tocarlo apenas. Sólo lo justo. Se le puso un nuevo frasco de plasma, se anotó la temperatura, le examinaron la reacción de las pupilas a la luz de una pequeña linterna, se le administraron dos inyecciones… A menos de tres metros del herido, la extraña huésped del Hospital del Sacre Coeur miraba y guardaba silencio. Y por fin, cuando el médico salió de la habitación, ella lo hizo detrás.

—¿Cómo está? —preguntó.

—¿Es usted familiar?

—No exactamente. ¿Se salvará?

—Aún no podemos asegurar eso, señorita.

—¿Puedo hablar con usted unos minutos?

El médico sonrió. Era joven, más bien apuesto, y ciertamente, para él, la Vida y la Muerte era el juego diario. Cada día, cada segundo, miles de personas mueren y miles de personas nacen. Así es la Vida y así es la Muerte. ¿Por qué amargarse por los que mueren?

—Es un buen principio para un duro día —aseguró el médico.

Capítulo III

Hacia las cinco de la tarde, Frank Minello apareció por el hospital. Llevaba una gran carpeta bajo el brazo, por supuesto de escaso peso, pero al parecer era suficiente para que el buen Frankie estuviese agotadísimo. Cuando menos, lo parecía. Entró en la habitación, donde estaban Brigitte y Simón-Ottawa, y se quedó mirando a Brigitte, que se puso en pie y se acercó a él.

—¿Cómo está el cuervo carroñero? —preguntó Minello, en voz apenas audible.

—Deberías haberte interesado por el parte médico del día, Frankie: se salvará.

—Vaya, ¿qué me dices? ¡No ha habido suerte!

—¿Está aquí todo lo que te pedí, Frankie? —Tocó Brigitte la gran carpeta.

—Hemos hecho lo que hemos podido.

—Está bien. Salgamos.

Afuera, en una sala de espera, ocuparon ambos un sofá. Brigitte se hizo cargo de la carpeta, la abrió, y sacó varias láminas de sólido papel. En cada una de aquellas blancas láminas, a lápiz, estaba dibujado el rostro de un hombre. Lentamente, la espía más peligrosa del mundo fue pasando las láminas, escrutando aquellos rostros que parecían fotografiados a lápiz. Minello escrutaba a su vez el rostro de Brigitte, pero en ningún momento vio en las bellas facciones un sólo gesto que pudiese orientarle.

Por fin, ella terminó de mirar aquellos rostros, guardó las láminas, y tendió la carpeta a Minello.

—Bueno —masculló éste—, ¿has visto algo o no?

—Vamos a pasear un poco y a tomar un café, Frankie.

—¡Café! ¡No quiero café, estoy que me muero de sueño!

—Todo está previsto —le miró, sonriendo extrañamente la divina espía.

—De eso no me cabe la menor duda, pero… ¿podré dormir?

—Más o menos, Frankie, más o menos. Salgamos a dar ese pequeño paseo…

* * *

En el interior de un coche «Ford» de color granate, modelo 70, un hombre bajó rápidamente los prismáticos, tras respingar fuertemente. Durante tres o cuatro segundos permaneció inmóvil, lívido, como paralizado por un intenso frío. Luego, lentamente, volvió a colocar los prismáticos ante sus ojos, y miró hacia el hombre y la mujer que acababan de salir del edificio del Sacre Coeur y estaban cruzando el jardín, despaciosamente, hacia la salida, hacia la avenida.

Toda la atención del hombre se concentró en la mujer. La hermosa mujer de cuerpo esbelto y escultural, de bellísimo rostro, en el que destacaban los grandes ojos, azules. Cada gesto, cada movimiento de aquella mujer, era espiado ansiosamente por los grises ojos del hombre de los prismáticos.

Por fin, los prismáticos fueron guardados en la guantera, y el hombre se quedó como hipnotizado, mirando al vacío.

—No puede ser posible —musitó—. ¡No puede ser posible! Tiene que ser una casualidad. Sí, eso es… Lo demás, son fantasías mías.

* * *

En la ventana de la habitación, las luces de colores de la ciudad ponían manchas de diversos colores, como en un juego fantástico. Frente a la ventana, con un cigarrillo sin encender en los labios, Brigitte Montfort permanecía de pie, pensativa. Eran casi las nueve de la noche. En una silla, la enfermera de turno, una mujer regordeta y de edad madura, leía una revista, dirigiendo frecuentes miradas al hombre que yacía en la cama. Más dificultades: el último parte indicaba que se le había apreciado al herido la rotura del tabique nasal y una fisura en el pómulo derecho, por lo que se le había tenido que vendar la cabeza. ¡Pobre hombre…!

—¿Va a estar usted aquí todo el tiempo? —preguntó la

enfermera.

—Desde luego —se volvió Brigitte.

—¿Le importa que vaya a tomar un café al bar?

—Claro que no.

—Es usted muy amable, gracias. No tardaré mucho.

—Vaya tranquila.

La enfermera salió, y Brigitte fue a sentarse en la butaca junto a la cama… ¿Quiere usted ser espía? ¡Qué lejanas estaban aquellas palabras de tío Charlie! Y sin embargo, en aquel momento, a Brigitte le parecía que incluso las estaba oyendo… Su memoria era perfecta, implacable. Podía recordar perfectamente todas y cada una de las sensaciones de su vida, todo lo que había visto, oído, sentido y presentido… En realidad, hacía ya tres o cuatro años que estaba haciendo pequeños trabajos que no había podido comprender, cuando conoció a tío Charlie. Había conocido a algunos hombres que aparecían en una fiesta, en una excursión, en un concierto… Los conocía, ellos eran simpáticos, le hacían preguntas. En varias ocasiones, accedió a hacerles pequeños favores: llevar un paquetito a tal dirección, hacer una llamada telefónica para dar un recado insignificante, recoger un sobre en un bar y echarlo en el buzón de la U. S. *Mail* de tal esquina… Cosas así, que no comprendía. Al menos, no del todo.

Un día… Sí, era un día de febrero, frío y lluvioso… Un día del año mil novecientos sesenta y uno. ¡Santo cielo, el año mil novecientos sesenta y uno…! Parecía que hubiese sido en otra vida, en otro tiempo, tan lejano parecía todo… Tan lejano, pero, al mismo tiempo, tan real, tan vívido. Sí… Era como si estuviese ocurriendo en aquel mismo instante. Ella salía de la universidad, con unos amigos, con compañeros de estudios. Eran siete u ocho, y sólo tenían dos paraguas. Se reían como tontos, pero, pensándolo ahora, no habían sido tontos, no… Simplemente, habían gozado de la lluvia, de la juventud, de los dos paraguas, del mal tiempo y del buen humor…

Bajo los dos paraguas, los jóvenes estudiantes que salían de la Universidad de Columbia reían, y gastaban sus bromas. De todos, ella fue la única que se fijó en aquel hombre menudo, delgado, cobijado bajo un enorme paraguas y protegido por una trinchera que le llegaba casi hasta los pies, con el cuello subido…

—¡Señorita Montfort! —Imitaba Tony Sheppard al profesor—. ¿Puede usted decirme cuántos huesos hay en el ojo humano?

—Señor profesor —imitaba Carol Arlington a Brigitte—: el ojo humano no tiene huesos; sólo cartílagos. Y tiene exactamente setenta y dos cartílagos, a saber: uno, dos, tres, cuatro…

Todos reían, incluso la joven Brigitte Montfort, pese a que estaba contemplando con suma atención al menudo hombrecillo del gran paraguas y la enorme trinchera, que casi le llegaba a los pies.

—¡Ha caído usted en la trampa, señorita Montfort! —Siguió Tony Sheppard imitando al profesor—. ¡El ojo humano no tiene huesos ni cartílagos! Me sorprende en usted una respuesta semejante, ya que es la mejor alumna del curso… ¿En qué estaba pensando?

—¡Hey, Brigitte! —La sacudió del brazo Harry Cooper—. ¿En qué estás pensando? ¡Vamos, despierta!

—Propongo ir a tomar algo en cualquier sitio, hasta que deje de llover —dijo Alex Fabesham—. ¡O eso, o ir a nadar ahora al lago de Central Park!

Los demás abuchearon a Fabesham, tal como éste esperaba y deseaba, siguiendo la broma de los disparates. Llovía con cierta intensidad, y se reía con la alegría de los veinte años en una tarde de lluvia en agradable compañía. Pero, al parecer, la joven Brigitte Montfort tenía sus propias ideas respecto a las compañías, porque, de pronto, dio la vuelta, y regresó corriendo hacia el edificio de la Universidad, mientras sus compañeros, sin percatarse por el momento, seguían hacia el otro lado de Amsterdam Avenue, corriendo y saltando y riendo. Frente a ellos, entre la gris cortina de agua, se divisaba la mole de Saint John the Divine, cerca de Morningside Park…

Llegó a la Universidad, esperó allí unos minutos, y volvió a salir.

Efectivamente, el hombrecillo del paraguas estaba todavía allí, en el mismo sitio. Pero esta vez no se quedó inmóvil, sino que se acercó a ella, que caminaba al descubierto bajo la lluvia. Para siempre, Brigitte Montfort recordaría la expresión de aquel hombre cuando llegó junto a ella, y miró impresionado sus cabellos pegados a la cabeza, sus grande ojos azules, sus hermosas manos sosteniendo los libros…

—Me llamo Charles Alan Pitzer, señorita Montfort —dijo el

hombrecillo—. ¿Aceptaría usted dar un paseo conmigo en automóvil?

—¿Con qué objeto? —preguntó ella, serenamente.

—Podríamos hablar sobre lo que está bien y sobre lo que está mal; sobre la utilidad o la inutilidad de las personas, según se dediquen a un trabajo o a otro; sobre el valor y la cobardía; sobre la justicia o la injusticia… ¿Alguno de estos temas le interesa?

—Pasearé con usted, señor Pitzer.

Éste asintió con la cabeza, hizo un gesto con el brazo libre, y segundos más tarde, un coche se detenía frente a ellos, junto al bordillo. Pitzer abrió la portezuela, Brigitte entró en el coche, y Pitzer lo hizo acto seguido. Al volante había un hombre de unos treinta años, que miró con curiosidad y cierta socarronería a la joven Brigitte, y luego se dedicó de nuevo a conducir el coche.

—¿Le parece que regresemos para pasear por Riverside Park? —preguntó Pitzer.

—Me interesa más lo que tenga que decirme que lo que pueda enseñarme de Nueva York, señor Pitzer. Además, ya conozco bastante bien la ciudad.

—De acuerdo… Aunque quizá hemos escogido un mal día para este contacto: si no se seca, puede pillar un resfriado tremendo.

—No es fácil. Señor Pitzer: ¿de qué me conoce usted?

Charles Alan Pitzer tomó un portafolios que había en el asiento, lo abrió, y sacó una carpeta, de la cual sacó fotografías y un buen montón de hojas mecanografiadas. Brigitte vio la primera de las fotografías, y frunció el ceño al verse a sí misma.

—Tengo aquí —murmuró Pitzer— todo cuanto se puede saber sobre usted. Las fotografías son lo de menos. Es muy fácil tomar fotografías de una persona, sin que ésta se dé cuenta. De modo que, si le parece bien, hablaremos de usted, no de las fotos.

—¿Le parece que el tema es interesante?

—Puede serlo. Usted, señorita Montfort, ha estado haciendo hasta ahora pequeños trabajos sin importancia, y que, en honor a la verdad, han sido todos muy satisfactorios. Naturalmente, sabe a qué me refiero, ¿verdad?

—¿Usted sabe todo lo que yo he estado haciendo hasta ahora?

—Los hombres con los que usted ha tratado eran… empleados míos. La han estado poniendo a prueba, sondeando.

—¿Por encargo de usted?

—Así es.

—¿Entiendo que usted es… o era demasiado importante para tratar personalmente conmigo, señor Pitzer?

—En efecto —sonrió éste.

—Ya.

—No debe usted sentirse molesta. Mi actitud es lógica, y muy prudente, como comprenderá bien pronto.

Y por otra parte, si bien han sido mis amigos quienes han estado sondeando su personalidad, tenga en cuenta que, en realidad, usted siempre ha estado bajo mi dirección… A fin de cuentas, yo la seleccioné.

—¿Me… seleccionó?

—Sí. ¿Quiere que le lea todo lo relativo a usted?

—¿De verdad está enterado de todo?

—Por supuesto. Puedo empezar por hablarle de su madre, Giselle Montfort, que fue fusilada por los nazis en el patio de una prisión francesa de Cherche-Midi. Puedo hablarle de su padre, el estratega alemán Fritz Bierrenbach, actualmente desaparecido; puedo hablarle de los familiares de su padre, que la han estado educando y sosteniendo a usted hasta hace poco, en que falleció el último, y usted se fue a vivir sola a un pequeño apartamento en la West Street, supongo que para estar más cerca de la universidad, ya que no es dinero lo que le falta…

—Según parece, señor Pitzer, los dos conocemos muy bien mi vida, así que no parece necesario que perdamos tiempo en ese punto. Y además, supongo que no fueron esos detalles los que le impulsaron a… seleccionarme.

—No. Nuestro proceso habitual se basa en el coeficiente de inteligencia del alumno…

—¿Quiere decir que hacen sus selecciones en la Universidad habitualmente?

—En las Universidades y en otros muchos sitios. Claro está, nuestra selección de personal tiene muy en cuenta el ambiente en el que se trabaja, lo que significa que no ofreceríamos el mismo trabajo a un futuro arquitecto que a un abogado o a un médico; también tenemos muy en cuenta las posibilidades no sólo intelectuales, sino físicas. Un hombre útil para un despacho puede

ser completamente inútil para entregar un sobre en lo alto del Empire State, sin que alguien se fije en él… ¿Me comprende?

—Creo que sí. Seleccionan personal para diferentes cometidos. Y para cada cometido, procuran seleccionar el personal que más y mejores cualidades tiene.

—Exactamente. Sí, exactamente. En su caso, en cuanto leí cuál era su coeficiente de inteligencia, su trayectoria estudiantil, sus brillantes exámenes, su actitud general en la Universidad, y otros detalles parecidos, pensé que estábamos ante una especie de… Bueno, digamos ante un ser fuera de lo corriente.

—¿Eso es un cumplido o más bien indica un cierto temor hacia mi inteligencia superior?

El hombre que conducía el coche lanzó una exclamación, y Pitzer, tras fruncir el ceño, acabó por sonreír.

—Su perspicacia, a fin de cuentas, también nos interesa. Bueno, en efecto, algo así ocurre. Ya sabe usted que las personas en exceso inteligentes resultan… un tanto molestas casi siempre. Pero, por fortuna, éste no es su caso. Su expediente personal universitario indica que usted sabe ser inteligente, sin molestar a quienes tratan con usted. Esto, francamente, no es frecuente, de modo que mi interés pon el sujeto Brigitte Montfort aumentó. En poco tiempo, reuní todo el material sobre usted. Actualmente, tenemos una ficha completa, de la que hemos extraído el *dossier* que tengo aquí. Esa ficha completa me impulsó a cruzar en su camino a algunos de mis empleados…

—Espías —sonrió Brigitte.

—¿Está usted segura de eso? —sonrió también Pitzer.

—Yo sólo estoy segura de lo que puedo estar segura, señor Pitzer. Por favor, vayamos al grano. Entiendo que usted, por medio de algunos de sus empleados me ha estado… utilizando en determinados asuntillos, que le han hecho comprender que puedo ser una persona apta… ¿Para qué, señor Pitzer? ¿Para qué le parezco apta a usted?

Charles Alan Pitzer se pasó la lengua por los labios, y luego miró por la ventanilla hacia la avenida, reluciente de lluvia. Ya se habían encendido las luces públicas, pese a la hora temprana relativamente. Pero la lluvia mandaba, lo oscurecía todo… Todo, menos la mente de aquella muchacha que Pitzer tenía a su lado, con

los cabellos pegados a la cabeza, la barbilla en alto, los grandes ojos muy abiertos, como inundándolo de luz de inteligencia… Era una estupidez andarse con rodeos con una chica así, y Pitzer no era un estúpido.

—¿Quiere usted ser espía? —preguntó, de pronto, mirándola.

Brigitte Montfort no se sobresaltó, ni sonrió, ni simuló asombro, ni hizo ninguna tontería. Simplemente, dijo:

—Podemos hablar del asunto.

—Quiero que lo entienda bien: hasta ahora, usted sólo ha hecho pequeñas cosas, sin importancia. En el futuro, aunque está claro que también hará pequeñas cosas, ya no serán «sin importancia». Estoy ofreciéndole una especie de… cursillo acelerado de espía para saber si más adelante podrá ser incluida en la plantilla de la CIA.

—¿Quiere decir, que me pagarían por ser espía?

—Naturalmente.

Brigitte Montfort lanzó una carcajada. Jamás llegaría a saberlo, pero fue justo en aquel instante cuando Charles Alan Pitzer, el cincuentón frío e implacable que dirigía la CIA en el Sector de Nueva York, se enamoró de ella. Fue un auténtico trallazo en todo el sistema emocional del endurecido espía.

—¿Por qué se ríe?

—Pues, evidentemente, señor Pitzer, porque me ha hecho gracia su oferta. Pero, veamos: ¿usted cree que yo podría ser espía?

—De acuerdo con todas las pruebas a que la he sometido, sin que usted lo supiese, sí. Bien entendido que en cuanto usted aceptase, quedaría bajo mi dirección.

—¿Quiere decir que usted me enseñaría a ser espía?

—Así es. Mejor dicho: si usted sirve para ser espía, yo le enseñaré todo lo que tiene que saber una persona que ya sirve para ser espía. ¿Me entiende?

—Sí.

—¿Le interesa mi oferta?

—Sí.

—¿Le gustaría ir a Miami Beach?

—¡Santo cielo, qué pregunta…! ¡Claro que me gustaría ir a Miami Beach! ¡Y ahora mismo, si fuese posible!

—Mmm… Bueno, respecto a sus clases en la Universidad…

—Señor Pitzer: no va a pasar nada porque yo deje los libros

durante unos cuantos días, mi… inteligencia puede suplir tranquilamente esa pérdida de tiempo. Y por otro lado, claro está, estoy segura de que alguien dentro de la Universidad arreglará las cosas de modo que mi ausencia, tenga… todos los visos de naturalidad posible. ¿Cierto?

—Cierto —sonrió Pitzer.

—¿Qué tengo que hacer en Miami Beach?

—Tenemos allá un trabajo para dos de ustedes. Naturalmente, conoce usted a Henry Cooper.

—¿Henry Coop…? ¿Se refiere a Harry? ¿Harry Cooper? ¡Pero si estaba conmigo ahora, cuando he salido de la Universidad…! ¡Usted ha tenido que verlo!

—Así es. ¿Simpatizan ustedes dos?

—¡Claro que sí! ¡Es uno de mis mejores amigos, así que…! Espere un momento: ¿Harry también ha sido… seleccionado por usted?

—Así es. Hace un par de días que hablé con él. Cuando le dije que posiblemente trabajaría con usted, en una primera misión, muy sencilla, se puso contentísimo. ¿Qué opina usted de su amigo Harry Cooper?

—Es un buen muchacho.

—Usted ha entendido, perfectamente mi pregunta —refunfuñó Pitzer—: ¿qué opina de él como futuro espía?

—Si yo tuviese mando en la CIA, Harry no sería contratado.

—¿Por qué no? ¿Cree que es tonto, o cobarde?

—No es tonto. ¿Cobarde? Eso no lo sé, y supongo que en todo caso, reaccionaría de acuerdo a las circunstancias. Todos podemos ser cobardes o valientes, según el momento.

—Ya. ¿Qué es lo que no le gusta de Harry Cooper?

—No sabe callarse un éxito. Si él hace algo bien, si en algo tiene éxito, lo dice. Tarde o temprano, lo dice. Sabe soportar mejor las dificultades que los éxitos. Si alguien le arrancase un brazo, pero tuviese que mantenerlo en secreto, lo haría. Ahora bien, si un día consigue un éxito, sea cual sea, tarde o temprano lo dirá, dirá que él, Henry Cooper, Harry para los amigos, ha conseguido esto, o aquello, o lo de más allá. Él, él sólito, Harry Cooper. Y supongo que tan inconveniente es hablar en lo malo como en lo bueno, en este trabajo.

—Supone bien. Pero ¿está segura de que Cooper es así?

—Sí.

—¿Se molestará si yo me reservo un margen de duda?

—Allá usted. Aunque me gustaría saber qué tendrá que hacer Harry en Miami, para mentalizarme sobre lo que puedo esperar de él.

—Confía usted mucho en sí misma, por lo que veo.

—Digamos que confío más en mí misma que en Harry Cooper.

—¿Hay algo para lo que usted no tenga respuesta? —Gruñó Pitzer.

—Eso no depende de mí, sino de usted: pregúnteme algo que no pueda responder.

El agente de la CIA que iba al volante del coche soltó una carcajada, y Pitzer frunció aún más el ceño. Pero acabó por sonreír, moviendo la cabeza con el gesto de quien se da por vencido sin rencor.

—Según nuestros informes, usted habla bien el alemán.

—Bien, no —corrigió Brigitte—: lo hablo perfectamente. Pero no es mérito especial mío: simplemente, lo he aprendido en casa, con mi familia.

—También habla usted francés y un poco de ruso… ¿Lo ha aprendido con su familia?

—Esos dos idiomas, no. Estudiando, eso es todo. Es de suponer que ustedes saben que he pasado tres años en Francia.

—Lo sabemos todo sobre usted, ya se lo he dicho. Bien, respecto a su paga en esta ocasión…, ¿le parece bien quinientos dólares y todos los gastos pagados?

—¡Todos los gastos pagados…! —exclamó admirativamente la señorita Montfort—. ¡Caramba! ¿Incluso la manicura y el lápiz de labios?

De nuevo rió el hombre que conducía el coche, que se volvió para mirar mejor a la muchacha que, sin duda alguna, se estaba pitorreando del jefe de la CIA en el Sector New York. El cual soltó un gruñido, y farfulló, acto seguido:

—Ya sabemos que usted tiene dinero, pero la CIA siempre paga.

—Dígales usted a los grandes señores de la CIA que, si se habla de «paga», dicha paga no debe parecer una limosna.

—Me parece —murmuró Pitzer— que no tiene usted mucho

interés en ser espía, francamente. Además, resulta demasiado… simpática.

—¿Eso es malo? —Abrió mucho los ojos Brigitte.

—Pues… depende —una vez más se sobrepuso Pitzer, y sonrió, deslizando una mano hacia una rodilla de Brigitte—. Para la vida común, las personas simpáticas resultan muy agradables.

Brigitte bajó la mirada hacia la mano que acariciaba su rodilla. Luego, miró a Pitzer, y sonrió suavemente.

—¿Aceptaría usted cenar conmigo en mi apartamento, señor Pitzer? Pienso que allí estaremos más cómodos para charlar sobre el trabajo que tengo que hacer en Miami.

—En compañía de Harry Cooper.

—Sí, por supuesto.

—Me gusta su facilidad de adaptación —Pitzer deslizó la mano pierna arriba, hacia el muslo—. Voy a intentar conseguir de la Central que su paga ascienda a mil dólares, no a quinientos. Aunque ya he comprendido que usted trabajaría gratis en lo que le gustase, ¿no es cierto?

¡Era tan hermosa aquella jovencita de ojos azules y boca sonrosada! ¡Qué gracia, qué picardía había en sus ojos, en todo su rostro, cuando replicó!

—En lo que me gusta, señor Pitzer, me entrego completamente, soy como un… volcán en plena erupción, como una flor que se abre a la luz del sol, como un perfume que lo inunda todo… Y jamás se me ocurrirá cobrar nada por ofrecer mi fuego o mi perfume. Sin embargo, a la CIA si voy a cobrarle todos y cada uno de mis servicios.

—Es lógico, si va a trabajar usted, para la CIA.

—¿Trabajar yo para la CIA? Bueno… Sí, por el momento digamos que voy a trabajar para la CIA.

—¿Qué quiere decir? —se sorprendió Pitzer…

—Señor Pitzer: ¿piensa usted regalarme un abriguito de visón, por ejemplo?

—Pues… no. No, francamente. Mis ingresos no me permiten hacer regalos de esa naturaleza. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque si no va a regalarme un abriguito de visón, me parece que su mano está demasiado arriba en mi pierna.

Charles Alan Pitzer enrojeció bruscamente, mientras que el espía

que conducía el coche tuvo tal acceso de risa que casi perdió el control del vehículo, con el que estuvieron a punto de subirse a la acera… Sólo con una velocísima reacción, pudo el agente de la CIA controlar el coche y regresarlo hacia el centro de la calzada, chirriando los neumáticos, resbalando en la lluvia negra y brillante…

El coche. El coche cuyos neumáticos habían chirriado poco después de oírse el grito de Pitzer. Era una lástima que nadie lo hubiese visto, pero, naturalmente, quienes habían disparado contra tío Charlie habían sabido elegir el momento…

Brigitte volvió la cabeza hacia la puerta cuando ésta se abrió. Era la enfermera, que regresaba de tomar café.

—Gracias —le sonrió la mujer—. Usted no ha cenado, ¿verdad?

—No —murmuró Brigitte—. Pero no tengo apetito. Creo que voy a tenderme a dormir un poco.

—Debería comer algo. Aunque sólo fuese un bocadillo.

—Quizá más tarde.

Se tendió en la cama supletoria, y cerró los ojos. ¿Dónde había quedado su pensamiento…? ¡Ah, sí, en lo del abriguito de visón que sobresaltó a tío Charlie! ¡Menudo sinvergüenza estaba hecho el tal Charles Alan Pitzer, en aquellos tiempos! De todos modos, aunque la diferencia entre ambos era de más de treinta años, Brigitte no podía censurar a Pitzer que, como hombre, hubiese intentado acostarse con una joven tan encantadora. Es más: si ella se lo hubiese propuesto, ciertamente tío Charlie se habría casado con ella… Luego, las cosas habían ido cambiando, transformándose, y lo que empezó como amor carnal jamás satisfecho, fue derivando hacia un amor mucho mejor y más duradero, un amor paternal del frío espía hacia la muchachita de los ojos azules…

Capítulo IV

Sólo que la muchachita de los ojos azules y expresión que podía parecer la más ingenua del mundo, fue todo un hueso para Charles Alan Pitzer…

—Pase, señor Pitzer.

—Gracias, querida.

Brigitte encendió la luz, y señaló hacia la izquierda del pequeño recibidor del apartamento que ocupaba entonces, después de abandonar la gran casa donde había vivido. ¿Para qué quería ella sola una casa tan grande en la Quinta Avenida? Le pareció absurdo, de modo que, tras formalizar todos los puntos de la herencia familiar, vendió la casa, unió la sustanciosa cantidad a la que había heredado en efectivo, y junto con unos buenos «paquetes» de Acciones, Bonos, y cosas así, lo colocó todo a un interés bancario muy conveniente. Todo lo que tenía que hacer era retirar cada tres meses la cantidad que precisaba para sus gastos, que no era demasiado elevada. De este modo, mientras terminaba sus estudios, vivía en aquel pequeño apartamento e iba acumulando dinero. Ya tendría tiempo de gastarlo… Salvo imprevistos, claro.

Como aquel imprevisto de ser espía, actividad ésta que puede acortar la vida de cualquiera. Para Charles Alan Pitzer, la jovencita de los ojos azules era una romántica que creía que el espionaje era algo maravilloso, patriótico, honorable. Bueno, la CIA, y otros servicios de espionaje, obtenían buenos frutos utilizando personal así. Sólo que Pitzer tardaría muy poco tiempo en darse cuenta de que la señorita Montfort, si bien era romántica, honorable y patriótica, no tenía ni un pelo de tonta.

—Es un bonito apartamento —comentó, cuando llegó a la sala de estar.

—En la actualidad, sólo me preocupa estudiar —dijo Brigitte—, de modo que eso me tiene sin cuidado. Aunque, claro está, procuro

vivir confortablemente y con buen gusto.

—Sin duda alguna, lo consigue —aseguró. Pitzer, mirando a su alrededor—. Me encantaría vivir aquí.

—Pienso trasladarme, en cuanto termine mis estudios, de modo que si tanto le gusta, podrá usted ocupar el apartamento entonces.

—La idea es que el apartamento me gusta, en cuanto a que está usted dentro —sonrió Pitzer.

—Oh. Sí, comprendo. Bueno, ¿me perdona unos minutos? Voy a quitarme la ropa mojada.

—¿Puedo ayudarla?

—Oh, sí… Muy amable, señor Pitzer. Venga al dormitorio.

La mirada de Pitzer quedó fija, con absoluta fascinación, en las caderas de Brigitte, cuando ésta dio la vuelta y salió de la salita. Fue rápidamente tras ella, que, al pasar ante una puerta, la señaló:

—¿Quiere prepararme el baño? Así iremos adelantando tiempo. ¿Sabe cocinar?

—Me las voy arreglando —susurró Pitzer.

—Bueno, mientras yo me baño, quizá sería interesante qué usted preparase algo para cenar. ¿Ve cómo sí puede ayudar?

—Yo me había referido al baño.

—Déjeme pensar —simulo meditar graciosamente Brigitte—. ¿Quiere decir que tiene pretensiones de verme desnuda?

—Ése sería un buen principio. ¿Le he dicho ya que hemos pensado incluso en su futuro profesional oficial? La verdad es que ha sido todo una labor mía. Tengo un amigo que dirige un periódico: el Morning News. Supongo que lo conoce.

—Naturalmente. No es de los mejores, la verdad.

—Quizá, con usted en su plantilla, consiga ocupar un puesto mejor en el mercado.

—¿Quiere decir que me van a dar un puesto en el Morning News?

—Efectivamente.

—Caramba, señor Pitzer, al parecer, voy a tener muchos motivos de agradecimiento hacia usted. Pero yo preferiría hablar de… agradecimiento después de haberme bañado tranquilamente y haber cenado.

—Entiendo —sonrió Pitzer—. Me ocuparé de preparar esa cena. Y luego, ya… hablaremos.

—Magnífico —sonrió la preciosa criatura.

Casi media hora más tarde, cuando Pitzer había preparado una interesante cena, había colocado las velitas encarnadas, y ya tenía sobre la mesita baja de delante del sofá un par de martinis con aceitunas, apareció Brigitte en la salita-comedor. Iba descalza, y llevaba solamente un cortísimo albornoz de color azul y una toalla, también azul, recogiendo sus cabellos en lo alto de la cabeza. Al verla, Pitzer se quedó sin habla, y, por un instante, experimentó un asomo de remordimiento por lo que iba a hacer aquella noche con Brigitte…

—¡Cómo! —exclamó ésta—. ¿No ha puesto hielo en los martinis?

Pitzer consiguió apartar la mirada de las deslumbrantes piernas femeninas. Las piernas más bellas y finas que había visto en su vida. Y fijándose aún mejor en el cuello de Brigitte, se dio cuenta de su esbeltez, de su elegancia aristocrática… ¿Y la graciosa agresividad de la barbilla, con aquella hendidura vertical? Y la boca, que parecía realmente una rosa. Y sobre todo, aquellos ojos grandes, tan azules, llenos de inteligencia, de luz… Y las bellísimas manos, que sostenían ahora las dos copas con el martini…

—¿Eh…? Oh, el hielo… Bueno, como hace frío…

—¿Frío? —Enarcó las cejas aquella muñeca increíble—. Bueno, a decir verdad, detesto el frío, señor Pitzer, pero aquí hay calefacción, y a mí los martinis me gustan fríos. ¿A usted no?

—A mi me… me da… lo mismo. Como usted…: quiera. Iré a ponerles hielo…

—De ninguna manera. Usted ya ha trabajado bastante, mientras yo me bañaba. Ahora me toca a mí. Siéntese y espere tranquilamente el regreso de su nenita.

Cuando Brigitte se movilizó hacia la cocina, Pitzer tuvo qué sentarse, efectivamente, porque le temblaban las rodillas. Tenía que serenarse, desde luego. ¡Santo Dios, lo que podría conseguir en asuntos de espionaje aquella chica, si su inteligencia estaba al nivel de su físico…!

Brigitte regresó con las dos copas conteniendo ahora también algunos cubitos de hielo. Se sentó en el sofá junto a Pitzer, y le tendió una de las copas.

—Deberíamos… brindar por algo —musitó Pitzer.

—Oh, sí, buena idea… ¡Vamos a brindar por el sol!

—¿Por… por el sol…?

—¡Claro! ¿Acaso a usted no le gusta el sol?

—Bueno… Sí, claro. Claro que me gusta.

—¡A mí me encanta! El sol y el mar… ¿Le gusta a usted el mar, señor Pitzer?

—El mar… Pues no sé:… Vaya, sí, bastante.

—¡Yo estoy loca por el mar…! ¿No piensa beber su martini?

—¿Mi…? Sí, el, martini… Bueno, ¡por el mar!

—Y por el sol —le amenazó Brigitte con un dedito—. Vamos a brindar por el sol y el mar de Miami Beach, adonde voy a ir a pasar unos días deliciosos, a cuenta de la CIA. ¿De acuerdo?

—Pues… En cuanto a eso de unos días maravillosos… la verdad es que no estoy muy seguro de que vaya a ser así, Brigitte.

—De todos modos, ¡brindemos por el mar y el sol!

—Por el mar y el sol —alzó su copa Pitzer.

Bebieron, mirándose a los ojos. Aunque Pitzer también miró los sonrosados labios que parecían estar besando dulcemente la copa. ¡Era la criatura más encantadora del mundo!

—Bueno —exclamó Brigitte, tras dejar su copa sobre la mesita —, ya hemos brindado. Estoy segura de que le gustaría verme desnuda ahora, señor Pitzer.

Charles Alan Pitzer no contestó. Miraba fijamente a la jovencita de los maravillosos ojos azules. Muy fijamente. Y ella comprendió. Se quitó primero la toalla que sujetaba sus cabellos, de modo que éstos, todavía húmedos, se desparramaron hacia su espalda. Luego, se quitó el albornoz, dejándolo caer al suelo… Por un instante, al contemplar aquel cuerpo espléndido y reluciente, de belleza increíble, de caderas perfectas, senos altos y elásticos, hombros impecables, cuello divino, cintura flexible, piernas de dibujo ideal, Charles Pitzer temió que la cabeza fuese a darle vueltas. Notó algo así como un vahído, un pequeño mareo… Pero esto no era extraño, porque tenía ante sus ojos la más deslumbrante belleza femenina que había visto en toda su vida.

No. No era extraño que se sintiese mareado, que la cabeza le diese vueltas…

Cuando despertó, ya era de día.

Estuvo unos segundos contemplando el techo, atónito. De

pronto, se sentó, velozmente. Estaba en el sofá, vestido… Sí, había sol en la ventana de la salita-comedor. Ya era de día. Las velitas encarnadas habían desaparecido de la mesa, que aparecía vacía. Todo seguía igual, menos aquello.

¿Qué había ocurrido?

Se pasó las manos por la cara, y se puso en pie. Tuvo un pequeño zumbido en la cabeza, pero desapareció en seguida. En la boca tenía gusto de… de… ¡de martini! Y de algo más… Justo entonces, cuando notaba, cuando sentía y gustaba que había sido narcotizado, el hombrecillo de la CIA veía el papel sobre la mesa. Era una nota, de puño y letra de Brigitte Bierrenbach Montfort:

«Señor Pitzer:

»A mí no me gusta perder el tiempo, de modo que en estos momentos estoy en la Universidad, atendiendo mi actual obligación de estudiar. Usted conoce mi vida, conoce perfectamente mi cuerpo en el aspecto visual, único que conseguirá de mí, y sabe cómo soy. Si le satisfago, ya sabe dónde encontrarme. Espero que haya dormido satisfactoriamente en mi sofá.

»Brigitte Bierrenbach Montfort».

»P. D. Por cierto, cocina usted bastante mal, pero mi apetito de anoche podía con todo. ¡No se olvide de quemar esta nota y comerse las cenizas! ¡El enemigo acecha!

»B.».

Charles Alan Pitzer quemó la nota sobre un cenicero, y luego fue a tirar las cenizas al inodoro. Pero mientras echaba agua en éste para que arrastrase las cenizas, pensó:

—Desde luego, tendría que habérmelas comido… ¡Me lo merecía, por cretino! ¿Con qué cara me presento yo ahora ante esa muchacha…?

* * *

No hubo problema alguno.

El próximo encuentro tuvo lugar dos días más tarde, en el Central Park. Una mañana de sol tibio, tristón, pero sol al fin. De acuerdo a lo convenido telefónicamente, Brigitte y Harry llegaron al parque como dos enamorados, tomados de la mano, y fueron a sentarse al banco que ya ocupaba Pitzer, dedicado a tirarles

miguitas de pan a los pájaros. La primera vez que miró a Brigitte, vio en los hermosos ojos un destello de socarronería, pero eso fue todo.

Los dos le escucharon muy atentamente, mientras parecían prestar más atención a los pajaritos que comían las migas de pan. Era un buen pretexto para que una joven pareja de enamorados y un hombre de edad madura trabasen conversación: los pajaritos.

—Cada uno de ustedes va a encontrar un sobre en su buzón de correspondencia —dijo Pitzer—. En el sobre hay dinero y un pasaje. Usted, Harry, tomará el avión hasta Miami, y se instalará en el Blue Palm Hotel, de Miami Beach. Será simplemente un muchacho que se toma unos días de descanso. Un jovencito rico, que puede permitirse lujos como el que representa el Blue Palm Hotel… Desde el mismo momento en que llegue, se dedicará, con absoluta discreción, a reconocer el terreno, teniendo en cuenta que deberá estar capacitado para moverse allí con gran soltura, si llegase el caso en que tuviese que actuar en apoyo de Brigitte. Ese será todo su trabajo: vigilar, conocer bien el terreno, y, si fuese necesario, apoyar a Brigitte. Para ello, encontrará usted una pistola en su habitación, poco después de instalarse. ¿Lo ha comprendido?

—Sí, señor —asintió Harry Cooper—. Y por lo que entiendo, tendremos cerca, en todo momento, a agentes veteranos.

—Así es.

—Entonces… No comprendo… Si la CIA ha de estar presente, ¿para qué recurren a nosotros?

—Queremos que este trabajo lo realice personal que en modo alguno pueda ser reconocido, por haber trabajado antes en otro lugar. Por otra parte, la labor de ustedes dos no puede ser más sencilla. La de usted como le he dicho, ayudar a Brigitte en caso necesario, bien entendido que si el apuro fuese importante, ambos serían apoyados por personal adecuado, si bien preferiríamos que se las arreglasen solos. Bien, usted ya sabe lo que tiene que hacer. En cuanto a Brigitte, saldrá un día más tarde que usted, y en tren, no en avión. Lo que significará…

—¿Por qué ella en tren? Yo creía que viajaríamos juntos.

—No. No interesa.

—¿Por qué no?

Pitzer dejó de tirar miguitas a los pajaritos, y miró directamente,

abiertamente, a Henry Cooper, Harry para los amigos. Era un muchacho alto, atlético, de unos veintitrés años; sus cabellos eran rubios y lacios, su rostro estaba lleno de pecas. Había en su boca delgada un gesto de resolución, de firmeza, y quizá una punta de frialdad en sus ojos grises, que parecían perforantes.

—No nos parece conveniente que los relacionen a uno con el otro porque, si así fuese, Harry, usted no podría prestar una ayuda lo bastante eficaz a Brigitte, ya que estaría controlado, identificado como amigo de ella. En cambio, si nadie los relaciona, podrá prestarle una ayuda importante, en caso necesario.

—Está bien. Por lo que entiendo, la labor de Brigitte va a ser más importante que la mía.

—¿Habla usted alemán?

—No… No. Sólo inglés, francés y algo de español.

—En ese caso, la labor básica va a correr a cargo de la señorita Montfort, puesto que se trata, precisamente, de identificar a una persona de procedencia alemana. O sea, que todo lo que tendrá la señorita Montfort para identificar al hombre que estamos buscando, será su acento alemán… ¿Se ve usted capaz de eso, señorita Montfort?

—Sí —habló Brigitte por primera vez.

—Bien. Les explicaré, por encima, el proceso que estamos siguiendo para realizar este trabajo. Veamos… Por medio de un cubano qué tenemos introducido en el espionaje de Fidel Castro, sabemos que, dentro de unos cuantos días, un agente americano, evidentemente traidor a la patria, va a entregar un portafolios con determinados documentos a un agente secreto, contratado por el servicio de inteligencia cubano; esto no debe sorprendernos, ya que los cubanos son fácilmente identificables, y, en cambio, un alemán puede perfectamente parecer un norteamericano. Ese alemán, ciertamente, es de la Alemania Oriental, es decir, comunista. Posiblemente, es uno de los muchos expertos que los rusos han enviado a Cuba para proceder al adiestramiento de los cubanos. Sea como sea… ¿Le ocurre algo, señorita Montfort?

—No… No.

—¿Por qué me mira asa…, con los ojos tan abiertos?

—Es que… me fascina lo que usted me está permitiendo conocer y vislumbrar, señor Pitzer.

—Ah. Bien, como decía, el hecho es que, sea como sea, sabemos que habrá un agente comunista de habla alemana en el Blue Palm Hotel. Y esto es todo lo que sabemos: que su acento puede delatarlo, si un experto en el idioma alemán le oye hablar en inglés, ya que, naturalmente, el agente enviado por Cuba a recoger ese portafolios, debe hablar por lo menos el español y el inglés perfectamente. Si lo han enviado, es que confían en que cumplirá bien su trabajo, por lo que puedo adelantarle que su tarea, aunque sencilla y sin riesgos, no va a ser tan fácil como usted piensa.

—Yo no pienso que vaya a ser fácil —corrigió Brigitte—. Sólo he dicho que si hay alguien que me hable con acento alemán, o que sea alemán, pero que intente disimular ese acento, yo lo descubriré. De eso estoy bien segura.

—Bueno, pues eso es todo, en realidad.

—¿Todo? —se decepcionó Harry Cooper—. ¡Pero eso es como no hacer nada!

—Siempre se hace algo. Tengan en cuenta que si la señorita Montfort logra identificar a ese agente, no sólo lo cazaremos a él, sino que recuperaremos los documentos robados en Washington, y conoceremos al traidor y toda su red de envío de material informativo a los agentes cubanos. No es poca cosa, precisamente, Harry.

—Pero nuestro trabajo va a ser muy limitado.

—Deberían dar gracias al cielo por ello —sonrió Pitzer.

—¿Qué debo hacer, si identifico al alemán? —preguntó Brigitte —. ¿A quién se lo digo, y de qué modo?

—Estaba temiendo que no iban a pensar en ello. Bien, la cosa es simple: en cuanto usted sepa quién es el alemán, y naturalmente, se haya enterado del nombre que está utilizando en el hotel y qué habitación ocupa, anotará estos datos en una hoja de papel, meterá ésta en un sobre, y en ese sobre escribirá el nombre de Walter Waldon. Dejará el sobre en el mostrador de recepción, y se asegurará de que el conserje lo recoge. No hay nadie llamado Walter Waldon en el Blue Palm Hotel, pero en ocasiones, se dejan recados para personas que están a punto de llegar, así que el empleado del hotel conservará el sobre. Entonces, entra usted en una de las tres cabinas telefónicas de línea directa que hay en el vestíbulo del hotel, al fondo, y llama a la conserjería del propio

hotel. Lo que tiene que hacer entonces, es pedir comunicación urgente con el señor Michelson…

—Querrá decir Waldon —saltó Harry Cooper.

—No. He dicho y he querido decir Michelson. Cuando Brigitte pida comunicación con el señor Michelson, un botones pasará por el vestíbulo, llamando al señor Michelson. Esa será la señal para que determinada persona se acerque a conserjería y pida un recado que deben haber dejado para el señor Walter Waldon, que es él.

—Pero…

—Entendido —dijo Brigitte—. ¿Eso será todo?

—Todo. A partir de ese momento, los dos han terminado su labor. Lo prudente será que todavía se queden un par de días en el hotel, pase lo que pase, de modo que quedarán por completo desligados de lo que ocurra allí, entre agentes secretos.

—Podríamos recuperar nosotros el portafolios —insinuó Henry Cooper.

Pitzer le dirigió una mirada de reojo, y masculló:

—Usted no sabe lo qué dice, muchacho. Bien, eso es todo… ¿Tienen alguna duda?

—Yo, sí —saltó Brigitte.

—¿Usted? ¿De veras? Bueno, dígame de qué se trata.

—Respecto a mi conducta en el Blue Palm Hotel…, ¿debo ceñirme a determinado comportamiento establecido por la CIA para sus agentes en misiones de este tipo, o puedo ser yo, simplemente?

—La CIA, señorita Montfort, como cualquier servicio de espionaje, aprecia en especial a aquellos agentes secretos que saben pasar desapercibidos. Considerando esto, creo que una conducta simplemente discreta será la adecuada.

—Eso quiere decir que debo ser una especie de… robot con las consignas bien aprendidas.

—Hay unas normas para el espionaje, querida, y, hasta ahora, están dando resultado a los ingleses, los rusos, nosotros y cualquier otro servicio de espionaje. La personalidad propia no encaja mucho con esta clase de trabajo… Y en todo caso, tener personalidad propia en el espionaje, resulta muy peligroso.

—Una última pregunta —murmuró la preciosa estudiante—. ¿Qué es lo que realmente importa en el espionaje? ¿Las normas o los resultados?

—Charles Alan Pitzer parpadeó. Luego, sonrió secamente.

—Los resultados, evidentemente. Pero ocurre que quien no se atiene a un mínimo de normas profesionales, consigue muy pocos resultados. Claro que, en el espionaje, como en el amor, las posibilidades son infinitas…

La puerta de la habitación se abrió, y apareció sor Sulpice, que se dirigió directa a la cama del herido. La enfermera, instintivamente, se puso en pie, y se quedó mirándola expectante, con un cierto temor, porque decía la fama que la monjita tenía siempre algo agresivo que decir, convencida de que nadie cumplía lo bastante bien con su obligación.

Pero, tras contemplar unos segundos al hombre que yacía en la cama, sor Sulpice emitió un gruñido, y se volvió hacia la señorita Montfort, que estaba sentada en la cama supletoria, y la contemplaba a su vez, con amable sonrisa.

—La he despertado, hija mía —sonrió sor Sulpice, para pasmo de la enfermera.

—No, no —sonrió a su vez Brigitte—. En realidad, no estaba dormida, sólo descansando.

—No ha cenado —dijo la enfermera.

—¡Cómo! —exclamó la monja—. ¡Pero, hija mía no puede hacer eso! ¡Las jovencitas cómo usted deben estar siempre bien alimentadas! ¡Vamos a cenar algo, ahora mismo…!

—Se lo agradezco, madre —rió Brigitte—. Pero ni soy ya tan jovencita, ni tengo necesidad de alimentos en estos momentos.

—¡Tonterías! ¿Qué le gustaría comer ahora mismo?

Brigitte quedó pensativa, antes de volver a mirar a sor Sulpice, maliciosamente.

—Pues me comería un buen pavo de Navidad, con champaña Dom Perignon, y después un buen plato de crema quemada.

La enfermera se quedó con la boca abierta, y comenzó a mirar de una a otra. Su pasmo aumentó cuando sor Sulpice, sin alterarse, se dirigió hacia la puerta, asegurando:

—Ahora mismo le traigo ese pavo navideño, con champaña francés, hija mía.

—Muchas gracias, madre.

Y Brigitte Montfort volvió a tenderse en la cama.

Capítulo V

En realidad, no tenía sueño. Se juntaban demasiadas cosas en su mente, se agolpaban los recuerdos y las ideas, y además, se había propuesto no dormir aquella noche.

Lo que más fuerza tenía, en aquellos momentos, eran los recuerdos. Cuando cerró los ojos fue realmente como si estuviese efectuando otra vez aquel viaje en tren. Nueva York-Miami en el «Silver Meteor». Lo había pasado bien, pero ¿a qué negarlo?, había, estado bastante nerviosa. Por lo menos, más nerviosa de lo que había creído. Y muy pronto comprendió que una cosa era hablar y planear los asuntos, y otra cosa bien diferente llevarlos a cabo…

En Miami, por supuesto, no la estaba esperando nadie… Es decir, sí: le estaba esperando el sol. ¡Nada menos que el sol! No era un sol maravilloso, recio y seco, como a ella le gustaba, pero, comparado con la lluvia que seguía de nuevo cayendo sobre nueva York, aquel sol era sencillamente fantástico. En la estación del ferrocarril tomó un taxi, que poco después circulaba por Mac Arthur Couseway, hacia Miami Beach, por encima del mar… ¡Aquello sí era hermoso! En febrero, mientras en muchas partes del mundo se estaba pasando frío, o cuando menos ciertas molestias de clima, allá había sol, mar azul, hermosas velas blancas que parecían volar sobre las aguas, palmeras…

De todos modos, ser espía tenía que ser algo muy serio, ya que a medida que el taxi se iba acercando a Miami Beach, Brigitte Montfort iba notando algo que le parecía una bola de hierro en el estómago. En pleno estómago. Sí, señor, como una pequeña, fría y durísima bola de hierro, que parecía capaz de agarrotar todo su cuerpo. Cuando comprendió que, simplemente, tenía miedo, se dijo que, puesto que ya conocía la causa de aquella bola en su estómago, todo lo que tenía que hacer era utilizar su poder mental para controlar el miedo, y la bola se disolvería.

Se disolvería…

Aquella noche, cuando quedó instalada en una discreta, pero muy agradable habitación, de espaldas al mar, esto es, con vistas a Collins Avehue, Brigitte Montfort comprendió que el miedo no era tan fácil de controlar. Al menos, ella seguía teniendo la bola en el estómago… Y hasta habría jurado que la bola era más grande y más fría. Hubo un momento, que quizá duró cinco o seis segundos, en que la señorita Montfort estuvo a punto de rehacer su equipaje, pagar lo que quisieran cobrarle en el Blue Palm Hotel, y marcharse, escapar de allí a toda prisa.

Sin embargo, la inteligencia sí tenía algo que ver en su actitud básica. Su inteligencia le dijo que, puesto que ella se había propuesto ser la mejor espía del mundo, o algo parecido, que le permitiese colaborar en resolver las injusticias del mundo, tenía que tomar una decisión EN AQUEL MOMENTO. O aceptaba lo que fuese, desde aquel mismo instante, o se iba.

La señorita Montfort decidió quedarse. Tenía que intentarlo, y puesto que alguna vez tenía que empezar…, ¿por qué no aquel día y en aquel lugar?

De modo que se bañó, se puso un vestido de noche, y bajó al bar-club del hotel. Cuando apareció allí, se hizo un súbito silencio, tan sorprendente para Brigitte que incluso ella volvió la cabeza, para ver quién entraba tras ella. No entraba nadie. Por lo tanto, el silencio, aquella impresión que habían sufrido todos, se debía a ella. Justo en ese momento, comprendió que ella jamás podría pasar desapercibida, que jamás sería ese tipo de espía. Y lo que, inicialmente, podía parecer una contrariedad, una desventaja, ella decidió convertirlo en una ventaja. Cada cual tiene que utilizar sus propias armas. Era absurdo, por ejemplo, que ella, que sabía un poco de judo, pretendiese luchar con alguien, utilizando el boxeo. Cada cual, sus armas. Ella era demasiado atractiva, demasiado deslumbrante, para pretender pasar desapercibida en modo alguno.

Pues bien: ya que nunca podría pasar desapercibida, convertiría esto en una ventaja aún mayor; su presencia sería siempre tan evidente, sería tan imposible que alguien dejase de fijarse en ella, que nadie podría pensar, jamás, que estaba ante una temible espía de la CIA.

Cuando sacó el paquete le cigarrillos de su bolsito de noche,

hubo poco menos que un alud de hombres hacia la barra del bar-club del Blue Palm. Y mientras ella encendía el cigarrillo en la llamita del encendedor más cercano, vio a Harry Cooper, sentado en un rincón, de espaldas a la pared, dominando todo el ámbito del bar, y sosteniendo en las manos una revista con la que, quizá, en determinado momento, se taparía el rostro… ¡Santo cielo, no! ¡Aquello sí que era absurdo!

A su alrededor parecía tener un enjambre de abejas, tal era el fuerte rumor. No eran abejas. Eran hombres que, tras guardar sus encendedores, la estaban invitando, ¿a qué? Oh, pues a todo. ¿Quería bailar? ¿Quería tomar una copa de champaña? ¿Podían contar con que por la mañana aceptaría un paseo en yate? ¿Aceptaría un partido de tenis? ¿Había cenado ya, o aceptaba hacerlo entonces…? Santo cielo: ¿dónde había estado escondida, hasta entonces, una criatura tan maravillosa?

Aquella misma noche, la risa de la señorita Montfort, su simpatía, su pasmosa habilidad para contentar a todos, comenzaron a formar los cimientos de la más perfecta obra de espionaje jamás elaborada: la que sería, años más adelante, la espía más famosa del mundo.

Sólo que aquella noche, ni la misma Brigitte creía esto. Y además, hubo un pequeño contratiempo que le disgustó considerablemente: cuando ya se había retirado a su habitación, y se disponía a acostarse, hubo una llamada a la puerta. Tras vacilar, fue a preguntar quién era. Y para su asombro, escuchó esta respuesta:

—Soy Harry.

Sobresaltada, Brigitte abrió la puerta. Y antes de que tuviese tiempo ni siquiera de preguntar si ocurría algo malo, Harry Cooper estaba ya dentro de la habitación, y había cerrado la puerta. Sólo entonces pudo reaccionar Brigitte.

—¿Qué ocurre, Harry? —inquirió con voz tensa.

—No ocurre nada. O casi nada.

—No te comprendo —parpadeó Brigitte, que llevaba puesto un pijama de seda negra, largo, con rosas rojas bordadas sobre el seno izquierdo—. ¿Ocurre algo o no ocurre nada?

—Ocurre que estás loca —farfulló Cooper—. ¿Cómo se te ha ocurrido convertirte en el centro de atracción de todos esos tipos?

—Oh, bueno, es eso…

—¿Te parece poco?

—Tranquilízate —sonrió la joven universitaria—. ¿Qué otra cosa querías que hiciera? ¿Qué simulase tener noventa años y tener caspa y verrugas? Soy muy bonita, y sería estúpido que intentase ocultarlo.

—¡El señor Pitzer no estaría de acuerdo con…!

—El señor Pitzer está a dos mil kilómetros de aquí, muy tranquilo, en su guarida. Quien está aquí soy yo, así que debo ser yo quien utilice mis propios recursos, según mi criterio. Y debo decirte, Harry, querido, que no has debido venir aquí.

—¿Por qué no? ¡Si todos esos idiotas se han divertido contigo, yo también puedo hacerlo!

Brigitte se quedó contemplando atónita a su compañero. Se volvió, abrió la puerta, y señaló afuera, con su agresiva y encantadora barbilla.

—Buenas noches, Harry. Y no hagas ruido. Podrían pensar que… Bueno, ya me entiendes.

—¡Cierra esa puerta!

Brigitte vaciló, pero cerró. De pronto, se había dado perfecta cuenta de lo que le estaba ocurriendo a Henry Cooper, Harry para los amigos: estaba muerto de miedo. Ni más ni menos que ella. ¿Y qué se le ocurría hacer, en una ocasión semejante? Pues, algo en verdad lógico: se iba a ver a su compañera de Universidad, a la pequeña Brigitte, que había conocido hacía años, al único ser en aquel lugar que le recordaba su ciudad, sus amigos, su hogar, su vida segura…

Se acercó a él, y le puso las manos en los hombros, cariñosamente.

—Harry, yo también tengo miedo. —Murmuró—. Pero no podemos comportarnos así, o sería una estupidez haber venido. Si quieres, podemos conversar un rato, ya que estás aquí, pero ya no volveremos a ponernos en contacto hasta que regresemos a Nueva York. ¿De acuerdo, Harry?

—He venido para pasar la noche contigo.

—Oh, por Dios, no seas tonto…

—Y no es sólo por miedo. Sabes que te deseo hace tiempo, Brigitte… ¡Todos te deseamos, en la Universidad! Pero voy a ser yo

quien te posea, voy a ser yo quien…

—Vas a ser tú quien va a lamentar todo esto, si no sales inmediatamente de mi habitación.

—No seas tonta —la tomó Cooper por los brazos—. Estamos solos, en un trabajo peligroso, así que tenemos derecho a pasarlo bien, mientras sea posible. Nadie lo sabrá…

—Harry, no sé qué resultado darás como espía, pero como hombre, eres un desastre. ¡Nadie lo sabrá…! ¿Crees que eso me importaría, si sintiese amor hacia ti?

—El amor puede ser simple fruto del contacto sex…

—Suéltame los brazos, Harry. Y márchate.

—NO. Quiero ser el primer hombre que te tenga, quiero ser el primero en…

—Eso ya sucedió.

—¿Qué? —Palideció Harry Cooper—. ¿Qué es lo que sucedió? ¿Quieres decir que no eres virgen?

—Ya no.

—¡Pero…! ¡Dime quién fue, dime con quién te has acostado, maldita sea su estampa, y lo…! ¿Alex? ¿Tony? ¿Rob…?

—Ni siquiera lo conoces.

—¡Dime cuándo fue, y con quién…!

—No te diré ni una cosa ni otra. ¿Quieres soltarme o no?

—¡No! ¡Lo que quiero…!

Tal como estaba, sujeta por los brazos de Harry Cooper, Brigitte, simplemente, movió el puño derecho con un simple juego de muñeca, y la parte del dedo pulgar, fue a golpear, sin violencia, pero sí con gran acierto, en el bajo vientre de Cooper. Un golpecito que en cualquier otro lugar del cuerpo no habría tenido importancia, pero que precisamente allí, hizo respingar a Cooper, que, palideció y retrocedió, naturalmente soltando a Brigitte, que volvió a abrir la puerta, y señaló hacia fuera. Estaba lívida, demudado el rostro.

—Fuera de aquí, —susurró.

—Brigitte.

—Márchate, Harry. Tenemos un trabajo que hacer, y sólo cuando lo hayamos terminado, volveremos a hablar del asunto. Intenta recordar una cosa: el agente enviado por los cubanos a recoger un portafolios que contiene secretos de estado

norteamericanos, puede que ya esté en el hotel. ¿Nos dedicamos a él o a discutir tus pretensiones sexuales conmigo?

—Volveremos a hablar de esto —dijo Cooper, saliendo de la habitación.

—Si yo lo deseo, sí. Sólo en ese caso. Adiós, Harry.

Y cerró la puerta, antes de que su compañero de Universidad y de espionaje tuviese tiempo de decir nada más…

* * *

—Bueno, aquí traigo este gran banquete —entró de nuevo en la habitación de sor Sulpice, portando una bandeja—. Aunque no entiendo qué placer se puede experimentar comiendo pavo en verano.

La enfermera se había puesto de nuevo en pie, y estiraba el cuello para ver el pavo y el champaña francés Dom Perignon… Lo que vio fue una lata de cerveza y unos cuantos *sandwiches*, que al parecer contenían jamón York, huevo duro, lechuga, y cosas así. De pasmo en pasmo, la enfermera miró a Brigitte, que se sentó una vez más en la cama, hizo un gracioso gesto de relamerse, al ver el contenido de la bandeja, y luego se frotó las manos.

—¡Vamos allá con este pavo…! —exclamó.

Y de sólo dos mordiscos, hizo desaparecer uno de los pequeños *sandwiches* triangulares. Luego, con todo cuidado, arrancó la lengüeta metálica de la lata de cerveza, y, sin más complicaciones, alzó ésta y se echó un chorrito bien controlado en la boca…, mientras la enfermera contemplaba aquellos dientes blanquísimos, la lengua sonrosada… ¡Por Dios, qué hermosa era aquella mujer!

—Querida niña —pidió sor Sulpice—, ¿por qué no hablamos otro buen rato en francés? ¿Sí? ¿Por favor?

—Pero, madre, no debe pedirme eso como favor —replicó la señorita Montfort—. ¡Me encanta hablar en francés!

—¡Y lo habla usted tan bien! —suspiró la monja—. Como en mi París… ¡Cuénteme cosas de mi París, en francés!

—D’acord —asintió Brigitte Montfort, masticando otro pequeño *sandwich*—. Et bien, la derniere fois que j’eté a Paris…

Boquiabierta, la enfermera iba mirando de una a otra mujer, y obteniendo sabrosísimas conclusiones. Por ejemplo: ¿era cierto que

sor Sulpice tenía mal genio? Bueno, quien pensase así tenía que haberla visto en aquel momento, escuchando a la señorita Montfort, con aquella expresión de niña encandilada, subyugada… La enfermera no entendía una sola palabra, así que tomó una decisión.

Se acercó a las dos, y permaneció junto a sor Sulpice hasta que Brigitte la miró y dejó de hablar. Sor Sulpice la observó por encima de sus cuadrados lentes.

—¿Qué ocurre? —masculló.

—¿Va a estar mucho rato aquí, sor?

—Estaré el rato que me dé la gana. ¿Qué pasa?

—He… he pensado que, puesto que están ustedes dos, yo podría aprovechar para dar un paseo y tomar un café…

—Ah, bueno. Vaya, vaya, no se preocupe.

—Gracias. Hasta luego.

La enfermera salió al pasillo. Mientras cerraba cuidadosamente la puerta, vio al médico; es decir, vio al hombre de la bata blanca, que debía ser médico. Pero seguramente era nuevo en el Sacre Coeur, porque ella no lo conocía, y eso que llevaba años allí dentro. En realidad, ni siquiera prestó atención al detalle. El hospital era muy grande, y siempre había personal nuevo. La única, persona que parecía inamovible de allí era precisamente la gruñona sor Sulpice. ¡Vaya si tenía mal genio la monjita!

* * *

Dentro de la habitación, sor Sulpice reía, llevándose las manos a la boca para ocultar los desperfectos de su dentadura, y ahogar el ruido que pudiese molestar al herido.

—¿De verdad? —exclamó con ojos brillantes—. ¿De verdad le ocurrió eso?

—Palabra de honor —alzó una manita Brigitte—. Pero, claro, aquel caballero estaba convencido de que yo era francesa, parisina por más señas, así que cuando habló en inglés tenía la seguridad de que yo no le iba a entender, pobrecillo.

—¡Vaya chasco debió llevarse!

—Pues sí, la verdad es que, como suele decirse, se quedó de piedra pómez. Claro, luego todo eran disculpas, pero yo ya sabía lo que pretendía, de modo que no le salieron bien las cosas.

—¿Y finalmente, qué hizo usted?

—Pues, finalmente, decidí ir a tomar sola el aperitivo… ¿Y cuál lugar diría usted que elegí para ello, madre?

—Bueno… No sé…

—Piense, piense…

—¿La Plaza de la Opera?

—No. No, no. ¡Oh, vamos…!

—¡Al Boulevard Saint Germain!

—¡Naturalmente…! Y allí conocí a otro caballero que… Bueno, realmente no era lo que una dama llamaría propiamente un caballero, ¿comprende, madre? Pero era un sujeto… atractivo y simpático, de grandes ojos oscuros, boca sonriente, hombros muy anchos… Gracias por la cena, madre.

—De nada, de nada… ¿Qué pasó con ese caballero… que no era tan caballero?

—Pues… Perdón —simuló Brigitte contener un bostezo—. Bueno, aquel caballero…

—Está usted cansada, ¿verdad, hijita?

—No, no.

—Yo creo que sí.

—La verdad es que sí —sonrió Brigitte—, pero no quería privarla del placer de conversar en francés, madre.

—Seguiremos mañana. Ahora, tiéndase a dormir y no se preocupe por nada. Ni siquiera por su amigo: yo me quedaré cuidándolo hasta que regrese esa tonta… ¡No admito discusiones! ¡A dormir!

—Se lo agradezco mucho —sonrió Brigitte Montfort

Y volvió a tenderse en la cama.

Capítulo VI

La verdad era que no tenía ni pizca de sueño, pero no quería conversar con sor Sulpice, en aquellos momentos. De todos modos, le habían salido mal sus cálculos, ya que la monja no se había marchado, sino que había decidido quedarse. En fin, paciencia… Además, no todo eran inconvenientes, Podía seguir pensando.

¿Dónde había quedado…? Ah, sí, cuando aquella absurda discusión con Harry, debida a su no menos absurda actitud. ¡Vaya un espía que estaba hecho, el pesado de Harry! En cuanto a ella… Bueno, la verdad era, sin falsa modestia, que ella había sabido llevar las cosas con mucho más acierto que Harry Cooper.

Por ejemplo, aquella misma mañana, cuando estaba en la piscina del hotel…

* * *

—¡Hola! ¡Buenos días, Brigitte!

La encantadora jovencita de los ojos azules, que estaba tendida en el césped que bordeaba la piscina, y mirando hacia el mar, tan cercano, refulgiendo al sol, desvió la mirada hacia el hombre que tan jovialmente la había saludado. Un hombre de unos cuarenta años, que, a decir verdad, no tenía la menor esperanza de que ella recordase ni su nombre ni su cara; a fin de cuentas, sólo había departido con ella, en grupo, unos pocos minutos, la noche anterior, en el bar del hotel…

—Buenos días, señor Garson. ¡Ha madrugado mucho!

Josuah Garson estuvo un instante atónito. Luego, se sentó junto a Brigitte, satisfechísimo.

—Más ha madrugado usted —replicó—: apenas son las diez de la mañana, y ya está tomando el sol.

—Estoy resarciéndome de las lluvias de Nueva York. ¿Sabe que hace días que allí no para de llover? Bueno, para ser exacta, hubo dos mañanas en que apareció el sol durante unos minutos, pero nada más. Así que el otro día me harté de tanta lluvia, del cielo gris, del frío, y me dije que bien podía venirme a pasar unos días a Miami… Y aquí me tiene, contemplando el mar.

—¿Le gusta el mar?

—¡Huy…! —exclamó graciosamente Brigitte—. Me gusta tanto que viviría en una playa toda la vida. ¿Sabe usted nadar, señor Garson?

—Caramba, ¡todo el mundo saber nadar!

—De ninguna manera —rechazó Brigitte, sentándose en el césped rápidamente—. Se sorprendería usted de la gran cantidad de personas que no saben nadar, señor Garson. Estoy segura de que aquí mismo, en el hotel, deben haber muchas personas que no sepan nadar. Incluso hombres, naturalmente.

—Bueno… Si usted lo dice…

—Estoy convencidísima. Y como veo que usted no lo está, si quiere, hacemos una apuesta.

—¿Qué clase de apuesta? —sonrió Garson, que sin duda alguna empezaba muy bien aquel día.

—No sé… Podríamos apostarnos poca cosa. Digamos que sería una apuesta simbólica. Cinco dólares, por ejemplo. ¡Cinco dólares a que hay en este hotel más de veinte personas que no saben nadar!

—Acepto —rió Garson—. Pero nada de jugarnos dinero. Yo sería un cretino si no aprovechase mucho mejor esta situación: ¡vamos a apostarnos un beso!

—¡Oh, oh! Pero con esa apuesta, siempre ganará usted, señor Garson, ya que supongo que su sugerencia va a ser que, si pierdo yo, le doy un beso a usted, y si pierde usted, me da usted un beso a mí… ¡No me parece interesante aceptar!

—¿Tan desagradable le resulto?

—¡Claro que no! —se sorprendió Brigitte—. Pero supongo que si yo quisiera besarle ahora mismo, usted no se opondría; ¿verdad?

—¡Dios bendito, no! Ya le he dicho que no soy un cretino.

—Por lo tanto, yo no necesito ganar esa apuesta para conseguir besarle o que me bese. Así que… tendría usted que apostarse algo que normalmente no estuviese dispuesto a hacer por mí.

—Yo estaría dispuesto a hacer cualquier cosa por usted —musitó Garson.

—¿Incluso tirarse a la piscina desde la palanca más alta… y vestido de *smoking*?

—¡Caray!

—Pues ésa tiene que ser la apuesta, señor Garson. Si gana usted, podrá besarme a su gusto. Si gano yo, usted se tirará a la piscina, tal como hemos convenido.

—¡Acepto! —rió Josuah Garson.

—Magnífico. Pero, naturalmente, la encuesta quiero realizarla personalmente. ¡No me gustan los trucos!

—Nada de trucos —alzó las manos Garson—. Pero tendrá usted que hablar con todos los clientes que hay en el Blue Palm en estos momentos, Brigitte.

—Oh, me encanta conversar… Y además, esto puede ser una buena distracción, y la oportunidad de conocer personas muy diferentes, unas de otras. Como ve, siempre hay oportunidad de encontrar algo con qué distraerse, señor Garson. Y si, además, uno hace amigos, pues todavía mejor, ¿no está de acuerdo?

—Completamente. Es usted una muchacha encantadora, Brigitte.

—¡Ya veremos si piensa lo mismo cuando le haya ganado la apuesta, y tenga que tirarse a la piscina vestido de *smoking*!

Todavía estaban riendo los dos cuando llegaron los señores Davenport, ambos mayores de sesenta años, personas apacibles, que se sorprendieron cuando aquella preciosa joven que la noche anterior había armado un tremendo revuelo en el bar, los llamó con un gesto. Los ojos de míster Davenport relucieron cuando la jovencita se puso en pie, mostrando nítidamente la silueta de su esbelto cuerpo, cubierto por un bañador azul pálido…

—¿Saben ustedes nadar? —preguntó Brigitte, cuando aún no habían llegado ante ella.

—Sí, naturalmente —dijo míster Davenport.

—¿Los dos?

—Los dos, sí.

—Bueno —frunció el ceño Brigitte—; ¡no se puede decir que empiece muy bien mi encuesta!

A la hora del almuerzo, todo el mundo en el Blue Palm Hotel estaba al corriente de la apuesta entre la señorita Montfort y el

señor Garson. Para entonces, el terror había cedido en la expresión de Harry Cooper, que se mantenía apartado de Brigitte, naturalmente, convencido de que ella estaba loca de atar, y de que, en cualquier momento, iba a ser descubierta como espía.

Sin embargo, en el hotel a nadie se le ocurrió, ni remotamente, que la señorita Montfort fuese una espía. Si alguien hubiese hecho semejante sugerencia, ese alguien sí que habría sido considerado un chiflado de los grandes.

De todos modos, Harry Cooper tenía el pleno convencimiento de que Brigitte no iba a conseguir nada, por ese camino. Ciertamente, ella se creía muy lista porque había tenido una idea que era, cuando menos, simpática, pero, de eso a que toda aquella tontería de la encuesta pudiese servirle de algo, mediaba un abismo. Así que, mientras Brigitte se pasaba el día conversando con todo el mundo en el hotel, incluidos los empleados, y anotando sus respuestas en una libretita, Henry Cooper, Harry para los amigos, se lo pasó sumido en un hosco silencio, y aislado de todos, hasta que le tocó su turno en la encuesta.

—¿Y usted? —Se le acercó Brigitte, sentándose en un sillón junto a él—. ¿Sabe usted nadar?

—Desde luego que sí —masculló Cooper.

Brigitte Montfort apercibió la libretita, mirando con socarronería a su compañero de Universidad.

—¿Me dice su nombre, por favor? —pidió.

—Harry Cooper —farfulló éste, dirigiendo una veloz mirada alrededor—. ¿Has conseguido algo?

—¿Perdón? —Alzó las cejas Brigitte.

—Te pregunto si has conseguido saber quién es ese espía de habla alemana.

—¿Tú qué crees?

—Yo creo que eres una insensata, y que te estás haciendo ver demasiado con esta tontería que no te conducirá a ningún resultado positivo.

—Pero, Harry…, ¡es lo mejor que se me ha ocurrido para ir de un lado a otro del hotel, hablando con todos!

—Cualquiera encontraría buena esa idea, pero, en mi opinión, parece que te estés tomando las cosas en broma… ¡Y todo esto es muy serio, Brigitte!

—¿Cómo lo habrías enfocado tú?
—No lo sé… ¡Pero, desde luego, con más seriedad!
—Yo soy muy seria, Harry.
—Pues no lo parece.
Brigitte se quedó como meditativa unos segundos, antes de ponerse en pie, diciendo:
—Al parecer, tú confundes la seriedad con el mal carácter. Yo creo que no tiene nada que ver una cosa con otra. Una persona puede ser muy seria y tener muy buen carácter, y resultarle simpática a todo el mundo.
—Alto ahí —gruñó Cooper—. Yo no digo que no resultes simpática a todo el mundo… Incluso me lo resultas a mí; a pesar de lo de anoche. En cuanto a simpatía, te concedo el primer premio. Pero, si continúas por ese camino, no creo que la CIA llegue a contratarte jamás. ¿Está claro?
—Bueno, Harry —movió la cabeza Brigitte, con gesto pesaroso —, la verdad es que no estás contribuyendo, precisamente, a levantar mi ánimo.
—Créeme, deja todas esas tonterías de la encuesta, y dedícate a buscar seriamente a ese hombre.
—Harry: ¿me creerías si te dijese que ya lo he encontrado?
Cooper respingó. Luego, vio la sonrisa socarrona de Brigitte, y encogió los hombros.
—Está bien, puedes seguir bromeando todo lo que quieras.
Brigitte Montfort sonrió amablemente, pero de un modo… enigmático, que dejó muy pensativo a Harry Cooper. A la hora de la cena, cuando el comedor estaba lleno, y prácticamente todos los comensales —excepto Harry, por supuesto— estaban pendientes de la mesa de la señorita Montfort, la cual había anunciado que haría el recuento después de cenar, en el bar; apareció el botones, llamando:
—Teléfono para el señor Michelson… Teléfono para el señor Michelson… Teléfono para el señor Michelson…
Harry Cooper estuvo a punto de atragantarse con la cena. Estuvo mirando como hipnotizado al botones, hasta que éste salió del comedor, siempre llamando al señor Michelson… y cruzándose con la señorita Montfort, que entraba en aquel momento, y era acogida con un saludo general y docenas de sonrisas, a los que ella

correspondió mostrando en alto su libretita y sonriendo a su vez.

—¿Quién ha ganado? —le preguntaron, desde una mesa cercana.

—Quien quiera saber eso, antes de la cena —replicó Brigitte— tiene que invitar a champaña a todos.

Hubo un susto general. Una botella de champaña no era precisamente barata en el Blue Palm Hotel, de modo que todos decidieron esperar a después de la cena… Y mientras la señorita Montfort ocupaba su mesa, Harry Cooper, incrédulo, abandonaba momentáneamente el comedor, para seguir al botones, que de nuevo pasaba por el vestíbulo del hotel, llamando al teléfono al señor Michelson.

Pero, al parecer, el señor Michelson no estaba por allí, de modo que el botones fue a la conserjería, donde el conserje estaba tendiendo un sobre a un hombre, que se hallaba de espaldas a Cooper. Rasgando el sobre, el hombre se separó unos pasos del mostrador de la conserjería, y sacó el papel. Mientras tanto, el botones había dicho algo al conserje, que encogió los hombros y colgó el auricular de uno de los teléfonos… La mirada de Harry Cooper regresó al hombre que se había hecho cargo del sobre. ¿Era posible? ¿Brigitte ya sabía quién era el agente alemán-ruso-cubano? ¿Ya sabía su nombre, su habitación…? Claro, tenía que saberlo. Había esperado a que casi todos estuviesen en el comedor, y entonces, ella había utilizado uno de los teléfonos del fondo del vestíbulo para llamar a la conserjería del propio hotel, y pedir por el señor Michelson. Y mientras el botones llamaba al señor Michelson, un agente de la CIA, un auténtico agente de la CIA, se había acercado al mostrador, y se había hecho cargo del sobre dejado subrepticiamente por Brigitte, a nombre de Walter Waldon.

¿Era posible?

¿Ya había terminado Brigitte su trabajo, sin más complicaciones ni dificultades?

De pronto, el hombre que estaba leyendo la nota, alzó la mirada, y la fijó en Cooper, que estaba cerca de la puerta del comedor, como clavado al suelo, contemplándolo. Era un hombre, alto, de hombros recios, expresión inescrutable, que frunció el ceño al captar la fija mirada de Cooper. Éste palideció, dio rápidamente la vuelta, y regresó al comedor…, captando en seguida la irónica

mirada que le dirigía Brigitte, desde su mesa…

* * *

—Es un ángel —oyó Brigitte la voz de sor Sulpice, muy cerca de ella —. Un ángel. ¡Qué bonita es, qué elegante y educada…! ¡Y qué bien habla en francés!

Brigitte tuvo que hacer un esfuerzo para no soltar una carcajada. Evidentemente, ella había sonreído, recordando aquello que había ocurrido, tanto tiempo atrás, en Miami, en el Blue Palm Hotel, y la monja, que debía estar contemplándola mientras la creía dormida, debía haber considerado que su sonrisa era angelical… ¡Ella, un ángel! Bueno, quizá lo era, aunque no, ciertamente, para según qué personas. ¡Si la pobre sor Sulpice supiese que acababa de llamar ángel a una mujer que había matado muchas veces…!

¿Y qué estaba esperando la monjita para marcharse? Oh, sí, esperaba que regresase la enfermera, así que, de todos modos, no sería posible que ella se quedase a solas con el herido. Bueno, afortunadamente, tío Charlie estaba fuera de todo peligro…

* * *

El médico que unos minutos antes se había cruzado con la enfermera de turno en la habitación destinada a Charles Alan Pitzer, llegó al piso de abajo, y, con gesto preocupado, entró en uno de los lavabos.

Sí. Estaba muy preocupado, por una razón que algunas personas no comprenderían: no había visto vigilancia alguna ante la puerta de Pitzer, no había visto ningún hombre cerca de allí… Había visto entrar a la vieja monja, y salir a la enfermera, eso era todo. Contando a Brigitte Montfort, parecía que sólo tres personas se ocupaban de Pitzer. Y las tres eran mujeres: una vieja monja, una enfermera de edad mediana, que seguramente se desmayaría si él le mostraba su revólver, y… Brigitte Montfort.

¿Realmente?

¿Realmente no había nadie más dentro de aquella habitación?

«Debe ser una trampa —pensó el hombre—. Si ella es quien yo

pienso, no es posible que esté cometiendo ese descuido, así que… debe ser una trampa».

Se dedicó a lavarse las manos, pensativo. Mientras lo estaba haciendo, entró otro médico del hospital…, es decir, un auténtico médico, que se limitó a saludarlo con un gesto, orinó, se lavó también las manos, y salió. Era una suerte que hubiesen llevado a Pitzer al Sacre Coeur, tan grande, con tantos médicos, enfermeras y empleados de toda clase. Nadie se fijaba en él. Pero si entraba en la habitación de Pitzer, sí se fijarían, estaba seguro. Tenía que haber trampa en alguna parte… Seguramente, dentro de la habitación. Y para convencerse de eso sólo tenía un medio: entrar en aquella habitación.

Terminó de lavarse las manos, y abandonó los lavabos. Sabía ya lo que tenía que hacer.

¡Vaya si lo sabía…!

* * *

A falta de cosa mejor que hacer, Brigitte continuó con sus pensamientos. Es decir, forzó un instante su memoria para regresar al lugar y al tiempo donde había quedado antes.

Pero cuando estaba comenzando a situarse, la puerta del cuarto se abrió.

Capítulo VII

Ni siquiera tuvo necesidad de abrir los ojos, porque en el acto oyó la voz de sor Sulpice, contenida:

—No haga ruido —Brigitte supo que la monjita la había señalado a ella—. Y no la despierte, o se las verá conmigo. ¿Está claro?

La enfermera no contestó, pero su gesto debió ser elocuente. La puerta se cerró, y Brigitte supo que sor Sulpice había abandonado la habitación.

—Vieja bruja —oyó mascullar a la enfermera.

Conteniendo de nuevo su sonrisa, Brigitte consiguió regresar a su mundo pasado, a la vida que ya jamás volvería, a los viejos recuerdos. Veamos… Sí, terminaron de cenar todos, y luego pasaron al bar-club. Había gran animación, y todos querían saber quién había ganado la apuesta…

El jolgorio fue general cuando, muy seria, la señorita Montfort informó que habían, en todo el hotel, nada menos que treinta y dos personas que no sabían nadar; treinta y dos personas, de las cuales veintiséis eran mujeres.

—Lo cual prueba, damas y caballeros —machacó la preciosa estudiante, cuando consiguió el silencio—, nuestro bajo nivel deportivo. ¡Yo propongo que todos los que sabemos nadar enseñemos, en estos días, a los qué no saben! ¡Dentro de una semana, el Blue Palm Hotel será el único del mundo en que no habrán analfabetos natatorios!

Sus palabras fueron acogidas con risas y con ofertas para comenzar a dar clases de natación, aquella misma noche. Brigitte pidió de nuevo silencio.

—Caballeros, gracias por sus ofertas para convertirse en profesores de natación. Pero las clases empezarán mañana: esta noche, tenemos suficiente con la gran demostración de salto de

palanca con que va a obsequiarnos el señor Garson… ¡Un hurra para el señor Garson!

Era muy poco probable que las personas que tuvieron la suerte de estar por aquellas fechas, ya lejanas, en el Blue Palm Hotel de Miami Beach, olvidasen jamás a la señorita Montfort. Y seguramente, tampoco olvidarían al pobre Josuah Garson, que intentó todas las objeciones que se le ocurrieron; quizá habría conseguido librarse del baño, si sólo hubiese dependido de la señorita Montfort, pero ya, todo el mundo se sentía comprometido en aquella apuesta, y querían que el perdedor la pagase.

Así pues, el señor Garson dio con su cuerpo y su flamante *smoking* en las aguas de la piscina, entre risas y bromas. Pero todo tiene su premio, y la señorita Montfort acabó de meterse en el bolsillo a todos los presentes cuando, al salir Garson de la piscina, ella pagó como si hubiese perdido, es decir, que besó a su oponente en tan divertidos juegos de salón.

Esto fue más de lo que pudo soportar Harry Cooper, que abandonó la reunión, convencidísimo de que aquella chiflada acabaría mal; ¡malísimamente, sin duda alguna!

Brigitte le vio marchar, pero no hizo el menor caso. Ni se lo hizo durante el día siguiente. Ni al otro…, hasta que, como ya tenían por costumbre el numeroso grupo de amigos, fueron al bar, después de cenar. Había un nuevo juego en marcha: un muchacho pelirrojo, flaco, alto como un ciprés, sabía mover las orejas, y estaba desafiando a los demás a conseguirlo. La diversión era practicada por los jóvenes, pero los clientes de edad más seria también participaban, al menos con sus risas, viendo los intentos de los demás jóvenes para mover las orejas, cosa que el pelirrojo conseguía con asombrosa facilidad, hacia delante, hacia atrás, hacia delante, hacia atrás…

La carcajada fue tremenda cuando Brigitte Montfort, tras echarse los cabellos para atrás, y mostrar así sus menudas orejitas, comenzó su turno de intentos para moverlas. El pelirrojo estaba que se moría de risa, pero se atragantó cuando Brigitte consiguió moverlas, sin duda alguna… El botones que estaba llamando a la señorita Montfort tuvo que acercarse a ella, ponerse delante y hacerle señas para conseguir su atención, tal era la risa que estremecía el bar. Por fin, el muchacho atrajo a Brigitte que, todavía riendo, le preguntó:

—Bueno, ¿qué ocurre, jovencito?

—La llaman urgentemente al teléfono, señorita Montfort.

—¿A mí? ¿Seguro?

—Sí, sí, señorita: segurísimo.

Brigitte fue a conserjería. Y, mientras cruzaba el vestíbulo, vio a Harry Cooper en una de las tres cabinas del fondo. Estaba lívido, su rostro destacaba como una mancha blanca, que contrastaba con la negrura del auricular del teléfono que mantenía pegado a su oreja.

—¿Sí? —musitó Brigitte, tras agradecer al conserje con una sonrisa la entrega del auricular.

—Brigitte, soy Harry…

—Lo he supuesto. Estás muy pálido, Harry… ¿Qué te ocurre?

—Escucha, tienes que venir ahora mismo a mi habitación… ¡No me discutas! ¡Tienes que venir, y cuanto antes mejor…! ¿Lo entiendes? ¡Tienes que venir!

—Tranquilízate, Harry. Sube tú primero, y espérame. No tardare ni siquiera dos minutos. Y no me mires al pasar, ni me hagas gesto alguno.

—No… No lo haré. ¡Sube cuanto antes!

—Ya te he dicho que subo en seguida.

Brigitte colgó, se volvió de cara al mostrador, y sonrió al conserje, que ponía «cara de escuchar», pero que, desde luego, no había oído nada. La aprendiz de espía encendió un cigarrillo, mientras Henry Cooper, Harry para los amigos, pasaba cerca de ella, hacia el ascensor.

* * *

Desde luego, Harry no debía encontrarse bien, a juzgar por su aspecto.

Brigitte estuvo cosa de un minuto fumando, pensativa, como quien vacila sobre la conversación recién sostenida. De pronto, apagó el cigarrillo en el cenicero, con gesto resuelto, y pidió su llave. Segundos después, estaba en el ascensor. Abandonó éste en su piso, y acto seguido, bajó al de Harry… Todavía estaba su mano tocando la puerta en la llamada cuando ésta se abrió.

—Pasa —dijo Harry, con voz aguda.

Por un instante, Brigitte vaciló. Harry tenía la habitación a

oscuras, y se podía temer que intentase alguna estupidez, pues se había pasado los dos días últimos devorándola con la mirada… Desde luego, si intentaba alguna aventura sexual con ella, tendría que darle una lección definitiva. Sí, era mejor entrar, y zanjar esta cuestión entre ellos.

Pero no se trataba de nada de esto. Cuando Cooper dio la luz y la tomó de una mano para tirar de ella hacia el cuarto de baño, Brigitte comprendió que, en aquellos momentos, el pobre Harry no estaba precisamente para asuntos sexuales.

Apenas poner un pie dentro del cuarto de baño, Brigitte vio al hombre tendido en el suelo, de cara al techo. Estaba más pálido que Cooper, pero con justificación: sus manos estaban crispadas en el pecho, llenas de la sangre que brotaba de éste. Brigitte palideció, y miró vivamente a Harry.

—¿Quién es? —preguntó con voz aguda—. ¿Qué ha pasado?

—No sé quién es, ni qué ha pasado… Yo… yo… yo estaba aquí, porque no quería ver esas tonterías vuestras… Llamaron a la puerta, fui a abrir, y este hombre me cayó en los brazos. Llevaba un portafolios…

—¿Dónde está el portafolios?

—En el dormitorio…"

—¡Tráelo!

Harry salió del cuarto de baño, y Brigitte se arrodilló junto al hombre. Le tomó el pulso, que notó debilísimo… Luego, se quedó mirando la sangre que había manchado sus deditos. Cuando se puso en pie.

Cooper entraba con la cartera. Ambos con los ojos muy abiertos, se estuvieron mirando unos segundos, como paralizados. Brigitte reaccionó, abrió el grifo del lavabo, y limpió la sangre que manchaba sus dedos… Detrás de ella, Harry Cooper comenzó a vomitar. En el piso del cuarto de baño se estaba formando un charco cada vez más amplio de la sangre del hombre que yacía en el centro, como personaje principal, sin la menor duda.

—Harry, por favor —tartamudeó Brigitte—. ¡Por favor, contrólate!

Cooper la miró, abrió la boca para decir algo, y sus ojos se llenaron de lágrimas, mientras comenzaba a vomitar de nuevo. Un instante más tarde, sin llegar a vomitar, pero presa de náuseas,

Brigitte salía del cuarto de baño y se dejaba caer en un silloncito… Casi llegó a vomitar cuando vio las gotas de sangre en el suelo; iban desde la puerta de la habitación hasta la puerta del cuarto de baño.

—Harry… ¡Harry!

Le contestó el ruido de la cisterna del inodoro, al vaciarse. Luego, el agua saliendo del grifo del lavabo. Brigitte entró en el cuarto de baño, agarró una de las toallas, y la puso en las manos de Harry Cooper.

—Limpia la sangre que hay en el suelo del dormitorio… ¡Vomita todo lo que quieras, pero limpia esa sangre, Harry!

Provista de otra toalla, ella fue a la puerta de la habitación, la abrió, y echó un vistazo al pasillo. En efecto, tal como había temido, allí también había manchas de sangre, y, tal como había intuido, provenían de la habitación 406, es decir, de la habitación de James Loewe, el hombre que ella había señalado a la CIA como ciudadano alemán, y por tanto, el agente cubano que debía recoger el portafolios que le traerían desde… ¡El portafolios! En un instante, Brigitte lo comprendió todo. O creyó comprenderlo, al menos: el hombre que estaba en el cuarto de baño de Harry era un agente de la CIA, que había ido a quitarle el portafolios a James Loewe, y, ciertamente, lo había conseguido, pero a costa de resultar herido quizá mortalmente. Pero, claro, si pese a estar herido había conseguido escapar, quería decir que James Loewe había quedado en peor situación que él… ¿O no?

Con la toalla, Brigitte limpió rápidamente las gotas de sangre que había en el pasillo, llegando así hasta delante mismo de la habitación 406; donde quedó vacilante. ¿Miraba o no miraba…? Por fin, miró.

Y acto seguido, respingando, regresó al pasillo, demudado el rostro.

Dentro de aquella habitación había visto DOS hombres caídos en el suelo, ambos ensangrentados. Uno de ellos era James Loewe, es decir, el alemán que estaba utilizando aquel nombre… Y ya no podían caber dudas, ya podía estar bien segura de qué no se había equivocado al señalar el hombre a la CIA. Pero… ¿qué había ocurrido allí? Entró en la habitación, empujando la puerta, de modo que nadie que transitase por el pasillo pudiese ver el interior.

Segundos más tarde, había comprobado que los dos hombres

estaban muertos. Lo que significaba que la CIA habría recuperado el portafolios con los documentos robados por el traidor, pero que a éste no se le podrían pedir cuentas, ni…

«Estoy perdiendo el tiempo», pensó, de pronto.

Salió de la habitación, tras asegurarse de que no había nadie en el pasillo. De regreso a la habitación de Harry, se aseguró también de que no quedaban manchas de sangre por el suelo, pasando con energía la toalla donde le parecía que había minúsculas manchitas rojas. Cuando entró en la habitación de Harry, éste se hallaba arrodillado, limpiando lentamente las manchas de sangre. Volvió la cabeza, y se quedó mirándola, como estupefacto, sin expresión alguna.

—¿Te sientes mejor? —musitó Brigitte.

—Sí.

—¡Me alegro! Sigue haciendo eso, y no te muevas de aquí: hasta que yo te avise.

—¿Te vas? ¿Adónde?

—Tengo que avisar a la CIA de lo ocurrido.

—¿Avisar a la CIA? ¿Y cómo vas a conseguirlo, si no sabemos quiénes son los nuestros, ni quiénes son los enemigos, no sabemos nada de nada? ¡Nos han dejado aquí como a perros rabiosos para que nos maten…!

—Harry, tienes que serenarte, de una vez. El señor Pitzer nos dijo que tendríamos a la CIA cerca de nosotros, por si la necesitábamos, ¿no es así? Pues la necesitamos, así que ya verás como nos ayudarán.

—¡Eso será si consigues ponerte en contacto con ellos! ¡No sabemos quiénes son! ¿O acaso tú lo sabes?

—No lo sé, pero lo sabré. No te muevas de aquí.

De nuevo se limpió Brigitte las manos, y abandonó la habitación de Harry Cooper. Estaba bien claro que sólo disponía de un recurso para atraer la atención de la CIA: volver a llamar por teléfono al señor Michelson. Esto serviría, por lo menos, para que la CIA comprendiese que estaba ocurriendo algo imprevisto.

Se metió en una cabina, y marcó el número del hotel. Desde allí, vio al conserje descolgar el auricular del teléfono, y acto seguido oyó su voz:

—Blue Palm Hotel… ¿Diga?

—Por favor, póngame urgentemente con el señor Michelson —pidió Brigitte, desfigurando la voz, como la vez anterior.

—Con mucho gusto… Oh, perdone. ¿Llamó usted antes preguntando por ese señor?

—Sí.

—Bueno, el señor Michelson no está en este hotel, señora. Le buscamos antes, y luego lo miré en el libro registro y no…

—Ya debe haber llegado. Por favor, insista.

—Bien… Sí, por supuesto. Un momento, por favor.

El conserje llamó a un botones, y le dio el encargo. Dentro de la cabina, Brigitte vio al muchacho comenzar su peregrinaje llamando al señor Michelson… En el vestíbulo hubo un movimiento, y la mirada de Brigitte fue rápidamente hacia allí. Era un hombre, que había estado ocupando una butaca, y que acababa de ponerse en pie…, y estaba mirando hacia la cabina, hacia ella. Pero el hombre desvió rápidamente la mirada, le hizo una seña al botones, y luego señaló hacia conserjería.

Segundos después, tras cambiar unas palabras con el conserje el hombre se hacía cargo de la llamada.

—¿Sí? —Oyó su voz Brigitte, al tiempo que lo veía perfectamente; a través del cristal de la puerta de la cabina.

—¿Usted… usted es el señor Michelson?

—Así es.

—Bueno… Mire, señor, si pudiese usted decirme algo que me ayudase a… a asegurarme de que estoy hablando con quien deseo hablar…

Brigitte vio al hombre volverse y alejarse un poco del mostrador, como ella hiciera antes, de modo que el conserje no pudiese escucharle.

—¿Está ocurriendo algo? —murmuró el hombre—. ¿Usted o el muchacho han tenido alguna dificultad?

—No… No precisamente nosotros. Por favor, dígame algo más concreto…

—Pitzer. Universidad de Columbia, Nueva York. Tarde de lluvia. Encuentro en Central Park. Gastos pagados. Mil dólares. Felices vacaciones, Montfort. ¿Más?

—No, no… Mire, señor, tengo… Bueno, Harry tiene en su habitación a un hombre herido, que llegó con un portafolios. Está

en el cuarto de baño, desangrándose. En la habitación 406 hay dos hombres muertos, uno de ellos, el alemán que les señalé a ustedes; al otro no lo conozco. Harry ha vomitado, y yo…

—Está todo comprendido. Suba a la habitación de Cooper, y sáquelo de allí. Vayan a divertirse los dos por ahí, pero, por separado. No vuelvan por aquí hasta las doce de la noche, por lo menos. Y no se preocupe por esto, Montfort: nosotros lo arreglaremos.

—Sí… Sí, señor, gracias…

—Y no se preocupe —Brigitte vio la sonrisa del hombre—: lo ha hecho muy bien, Montfort.

El hombre colgó. Brigitte le vio dirigirse tranquilamente hacia el ascensor. Ella salió de la cabina, y fue también hacia el ascensor. El botones miro a Brigitte, y luego al hombre de la CIA.

—¿Piso? —preguntó.

—Quinto —sonrió el espía auténtico.

—Lo… lo mismo —intentó sonreír Brigitte—: quinto, sí, quinto piso.

El botones puso en marcha el ascensor. Brigitte no sabía qué hacer ni adónde mirar.

—Hermosa noche, ¿no es cierto? —dijo Michelson.

—¿Eh…?

—Digo que hace una hermosa noche, pese a qué estamos en febrero.

—Sí… Hace una hermosa noche.

—Por estos lugares, se está mejor en invierno que en verano. En verano hay demasiados mosquitos.

—Sí… Sí, sí.

—La estación de alto turismo es precisamente ahora. En verano, en cambio, uno nunca sabe con quién va a encontrarse.

—Claro… Claro.

—En cierta ocasión, me encontré con una actriz de cine, una de las bellezas de Hollywood. Era pleno invierno, y… Por cierto: ¿no será usted una actriz, una estrella de cine?

—No… Desde luego que no.

—Lo parece —sonrió simpáticamente el hombre—. Supongo que está al corriente de que es muy bonita.

—Pues…

El ascensor se detuvo. Las puertas se abrieron, y el botones procuró no sonreír maliciosamente, mientras sus dos pasajeros salían al pasillo. Claro que si el tipo aquel pensaba que podría llevarse a su habitación a la señorita Montfort…

En el pasillo, la señorita Montfort estaba como clavada al suelo, contemplando a Michelson, que gruñó:

—¿Qué espera? ¡Vaya a sacar de allí a Cooper!

—Sí… ¡Sí, señor!

Se lanzó escaleras abajo, hasta el piso inferior. Cuando entró en la habitación de Cooper, éste se hallaba sentado en el borde de la cama. A sus pies, en el suelo, estaba la toalla manchada de sangre. Alzó la cabeza para mirarla, como ensimismado.

—Tenemos que marcharnos inmediatamente, Harry.

—¿Marcharnos? ¿Adónde?

—¡No lo sé, pero tenemos que dejar libre la habitación! ¡Y ha de ser cuanto antes! ¡Vamos, date prisa!

—Pero… ¿por qué tenemos que abandonar la habitación? Hay un hombre herido, deberíamos cuidarlo…

—¡Harry, nos han dicho que abandonemos la habitación, y eso es lo qué vamos a hacer! ¡Vamos, date prisa, tenemos que estar lejos de aquí, por lo menos hasta las doce de la noche! ¡Vamos, vamos…!

* * *

Era más de la una cuando Brigitte Montfort y Harry Cooper se encontraron en el pasillo del cuarto piso, después de haber estado fuera del hotel «divirtiéndose» cada uno por su lado.

A esa hora, a la una, cuando Harry Cooper entró en su habitación, la encontró perfectamente ordenada, sin rastro alguno de sangre, y, por supuesto, aún menos rastro de herido alguno… Todavía estaba contemplando, absorto, el lugar del cuarto de baño, cuando oyó las suaves pisadas de Brigitte, y se volvió. Todo lo que hizo fue señalar el suelo, y Brigitte asintió.

—La puerta de la 406 está cerrada, y parece que no hay nadie dentro —dijo ella.

—¿Cómo sabes que no hay nadie; si la puerta está cerrada?

—Lo habría oído.

Cooper se volvió, para mirarla asombrado, sin comprender.

—¿Lo habrías oído? ¿Qué es lo que habrías oído?

—Si dentro de la 406 hubiese alguien durmiendo, yo lo habría oído, en este silencio.

—¿Estás bromeando?

—No. ¿Aceptarías un consejo, Harry?

—¿Qué consejo?

—Tú llegaste aquí antes que yo. Sería una buena idea que te marchases mañana mismo…, y que nunca más volvieses a dedicarte a estas cosas.

—¿Quieres decir… que me aconsejas que no intente ser espía nunca?

—Me parece que ni tú ni yo somos demasiado listos —sonrió amistosamente Brigitte—, pero al menos, yo conservo mejor la serenidad. Eso no significa nada, personalmente, pero hay situaciones que requieren una gran serenidad… que tú no tienes.

—¿Y tú, sí?

—No sé si doy la medida conveniente, pero tengo, más que tú. Oh, vamos, Harry…, ¿por qué quieres discutir esto? Todos podemos tener miedo, y te aseguro que yo lo he tenido, y lo tengo todavía. Pero puedo controlarme bastante. Y tú no. Tendrías que haber visto al hombre que acudió a la llamada para el señor Michelson, Harry… Parecía que estuviese pasándolo estupendamente, y acababa de recibir la noticia de que uno de sus compañeros se estaba desangrando en un cuarto de baño. Luego, en el ascensor, habló del tiempo, de artistas de cine, intentó un flirt conmigo… Eso, en cuestión de segundos, como si fuese el hombre menos preocupado del mundo. ¡Harry, no podrás conseguir eso nunca…!

—¿Y tú, sí?

—¡Te digo que no lo sé, ni te importa! ¿Qué te importa a ti lo que yo pueda conseguir? ¡Tienes que pensar en lo que puedas conseguir tú!

—Está bien… Lo pensaré.

—De acuerdo. Haz lo que gustes… Por mi parte, pasado mañana regreso a Nueva York.

—Ya nos veremos allí, entonces.

—Claro, Harry. Bien, hasta entonces…

—Adiós.

* * *

Pero la siguiente cita con Charles Alan Pitzer no fue como las anteriores, ni fue en Central Park… Ni siquiera los citó a los dos juntos, como una pareja de enamorados.

Pitzer citó a Brigitte Montfort en el vestíbulo del periódico Morning News, ya a últimos de febrero, en una mañana de buen sol y cielo azul; a fin de cuentas, también Nueva York recibía los rayos del sol…

—Hola —se sentó Pitzer en una esquina del banco en el que esperaba Brigitte, mirando a todos lados del vestíbulo del Morning News—. ¿Todo va bien?

Brigitte asintió, sonriendo, pero sólo a medias.

—¿No ha citado a Harry?

—Ya he hablado con Harry Cooper. Ayer.

—Oh.

—¿No quiere saber lo qué le dije?

—Si usted cree que me interesa, dígamelo.

Pitzer asintió, complacido. Sacó una pequeña pipa de boquilla en forma de S, y la incrustó entre sus dientes. Tras encenderla parsimoniosamente, musitó:

—Usted nos interesa, señorita Montfort. Pero su amigo Harry no nos interesa en modo alguno.

—¿Lo han… despedido?

—Le hemos hecho comprender que sólo buscamos su beneficio. No le ha gustado mucho, me temo, pero, con el tiempo, se dará cuenta de que hemos hecho lo mejor para él y para la CIA. Supongo que no sabe usted cómo terminó el asunto en el que ustedes intervinieron en Miami.

—¿Le parece necesario que yo lo sepa?

—Me parece conveniente, porque todo va ligado. Veamos… El hombre que Cooper encontró herido en su habitación…

—No lo encontró: fue ese hombre quien acudió en busca de Harry.

—Estupendo —sonrió Pitzer—. Sí, los detalles son siempre interesantes. Bien, ese hombre era el agente especial encargado de arrebatar el portafolios a James Loewe, cuyo verdadero nombre, lo sabemos ahora, era Otto Weber, y, desde luego, trabajaba para los

cubanos, enviado por el servicio secreto soviético, Sección Alemania Oriental… Bueno, nuestro hombre esperó, vigilando a Otto Weber, desde el mismo momento en que usted facilitó esa información. Y finalmente, dos días más tarde, apareció el traidor que debía entregarle el portafolios… El plan era que nuestro hombre esperase a que el traidor abandonase la habitación de Otto Weber, y, mientras nosotros nos hacíamos cargo del traidor, fuera del hotel, él se encargaría de Weber. Así pues, nuestro hombre especial esperó a que el traidor saliese de la habitación 406, y entonces, sin más complicaciones, entró por Otto Weber… ¿Me va usted siguiendo?

—Naturalmente.

—Bien. Nuestro hombre no tuvo dificultad en dominar a Otto Weber, amenazándole con su pistola, pero sucedió algo imprevisto: el traidor, evidentemente, olvidó decirle algo a Otto Weber, y, en lugar de salir del hotel, volvió sobre sus pasos, hacia la habitación 406. Debió oír a Weber y a nuestro hombre, y entonces, entró en la habitación, ya pistola en mano y disparando… Con acierto, como usted ya sabe. Pero el muchacho que la CIA había seleccionado para el enfrentamiento con Otto Weber no era precisamente un… ¿cómo diría yo…?

—¿Un pusilánime?

—Aceptaré esa palabra. No, no era un pusilánime, desde luego, sino un hombre bien entrenado, con valor probado. Total, que se organizó dentro de aquella habitación un tiroteo…

—¿Con pistolas con silenciador?

—Por supuesto. En ese tiroteo, nuestro hombre se cargó a Weber y al traidor, y él recibió dos balazos, uno de cada uno: uno en la espalda y otro en el pecho. Aún así, ya sabe usted que consiguió salir de aquel cuarto, y llevarse el portafolios al de Harry Cooper. No fue a la habitación de usted, por dos motivos. Uno, que estaba en el quinto piso, o sea, un piso más arriba. Dos, que él hubiese ido, de todos modos a pedir ayuda a Harry Cooper, no a usted, a una mujer.

—Comprendo.

—Así son las cosas.

—Si usted sabe todo esto, con tanto detalle, es porque su hombre para aquel asunto salvó la vida, a fin de cuentas.

—Sí. Ya está en franca recuperación, podrá seguir viviendo.

Gracias a usted, desde luego. Toda la actuación de usted fue muy óptima, dentro de sus limitaciones y conocimientos. Su rapidez de pensamiento permitió que nuestro médico llegase a tiempo de salvar la vida al agente herido por Weber y el traidor, y que los demás agentes cazasen al amigo del traidor, que le estaba esperando en un coche, delante del hotel. Con esto, se consiguió no sólo la recuperación de los documentos, sino la muerte del traidor y colaboradores, así como de su red de contactos.

—Parece que, entre todos, hicimos un buen trabajo, ¿verdad?

—Sí —sonrió Pitzer—. Muy bueno. Pero no lo habríamos conseguido si Harry no hubiese tenido, al menos, el buen acierto de llamarla a usted. Un acierto que no es suficiente para ser agente de la CIA. No, al menos, de esta clase. Le hemos propuesto al señor Cooper que preste sus servicios en los departamentos burocráticos, pero ha rechazado la oferta. Está un poco dolido.

—Ya se le pasará.

—Exactamente. Y a usted también.

—¿Qué…?

—Quiero decir que si Harry Cooper le pregunta si usted fue aceptada, usted dirá que no. Eso le consolara, en parte. Y además, nos será usted verdaderamente útil, si él ignora que pensamos seguir utilizando sus servicios. Se entiende que eso no debe saberlo ni Cooper ni nadie. Tengo entendido que, dentro de unos meses, termina usted sus estudios de Periodismo. ¿No es así?

—Sí.

—Bien. Hasta entonces, yo haré lo posible por no volver a llamarla. Termine sus estudios, y, cuando sea periodista, venga aquí, y entrevístese con el señor Grogan, Michael Grogan. Es un buen amigo, que nos está esperando ahora.

—Pero si hasta dentro de unos meses…

—Es mejor que usted y Grogan se conozcan ahora. De este modo, cuando usted termine, se viene directamente aquí, y ya tendrá su puesto de trabajo esperándole. Nos interesa que se emplee pronto, pues no hay personas menos sospechosa que la que tiene un empleo visible, y se dedica a él con entusiasmo.

—¿Usted sabe que me dedicaré a mi empleo con entusiasmo?

—Por supuesto. Nosotros tenemos, incluso, unos estudios sobre la trayectoria emocional de las personas que, en principio, nos

interesan. Algunas veces, claro está, nos equivocamos. Yo diría que demasiadas veces. Ahí tiene el caso de Harry Cooper, que nos ha resultado un completo fracaso. Con usted, esperamos no equivocarnos. Mejor dicho, soy yo quien espera no equivocarse.

—¿Por qué?

—Porque me parece usted adecuadamente inteligente y equilibrada. En cuanto a su trayectoria emocional, es básicamente humana. Para mi gusto, quizá un poco excesivamente humana, pero, contra lo que la gente cree, en el espionaje es conveniente tener sentimientos humanos, reacciones básicas, que puedan ser comprendidas y previstas. De lo contrario, todo sería terrible y sórdido. Ahora bien, no interprete esto como una especie de autorización para enviarle flores por Navidad a los rusos, pongo por caso: una vez espía, siempre espía, hasta las últimas consecuencias. O eso, o dedicarse a otra cosa. ¿Lo entiende usted, Brigitte?

—Sí, señor —musitó ella.

—Para mí, usted es como de cristal, veo a través de sus ojos, de sus pensamientos. Me gusta usted, por que es dulce y fría, amable e implacable, inteligente y cándida…

—¿No está usted exagerando, señor?

—No —sonrió Pitzer—. Y el tiempo verá si tengo o no tengo razón. ¿Haría usted una apuesta conmigo?

—¿Cuál apuesta?

—Me gustó su juego en el Blue Palm Hotel. Hablemos de besos, ya que presiento que no podré tener otra cosa… ¿Se apuesta un centenar de besos, repartidos a lo largo de los años, a que si usted sigue mis enseñanzas, se convertirá en una temible espía, con el paso del tiempo?

—Acepto la apuesta.

—Sé que cumplirá su parte. Y ahora, vamos a ver al señor Grogan… Ah, sólo una cosa más: ¿por qué periodista? ¿Por qué escogió usted la profesión de periodista?

—Es una profesión en la que se puede hacer mucho, si uno tiene suerte.

—Mucho…, ¿en qué sentido? ¿Qué quiere decir?

—Hay muchos millones de seres en el mundo, que necesitan información de toda clase y ayuda de toda clase: espero poder prestarles mi apoyo para conseguir ambas cosas, siendo periodista y

espía.

—Me parece que no entiendo demasiado bien sus propósitos, pero de ello hablaremos en otro momento… Subamos.

Se dirigieron al ascensor, y, cuando ya estaban dentro y se disponían a subir, una mano enorme apareció entre las dos puertas, sujetándolas primero y apartándolas después. Acto seguido, el propietario de aquella manaza entró en la cabina, esbozando una sonrisilla que merecía, por sí sola, todas las disculpas.

—Es que el negrero me está esperando para… ¡Madre mía!

Se quedó pasmado, mirando a Brigitte. Boquiabierto, estupefacto, petrificado del más grande pasmo de su vida. Era un tipo de algo más de metro ochenta, de unos veintitrés o veinticuatro años, con los cabellos cortísimos, a estilo cepillo, los hombros anchísimos, y la nariz evidentemente aporreada una y otra vez en un *ring*. Su boca era grande, sus ojos oscuros reflejaban una honestidad, una sinceridad, una honradez que, a su vez, dejó pasmada a Brigitte.

—¿Qué le ocurre? —pudo articular Brigitte, por fin.

El muchacho boxeador miró de reojo a Pitzer, y luego se inclinó confidencialmente hacia Brigitte.

—¿Es tu marido?

—No —sofocó la risa la bellísima estudiante.

—¿Ni tu novio, ni tu amante, ni tu padre?

—No, no, no.

—Entonces —de pronto, el boxeador alzó la voz—, ¡entonces te voy a decir lo que pienso de ti! ¡Tía buena!

—¿Qué…, qué…?

—¡Que estás más buena que el maíz tostado a la salida de la escuela! ¡Viva la hermosura! ¡Cómprate un barco, preciosa!

—¿Que me compre un barco? —rió Brigitte—. ¿Para qué lo quiero?

—Para llevarme de marinero, como tripulación única. ¿Quieres que te compre flores? ¡Dime que me amas o me tiro del ascensor abajo! ¡Guapa! ¡Maravilla del mundo! ¡Viva yo, por haber nacido a tiempo de conocerte…!

—Haga el favor de no molestar —farfulló Pitzer.

El muchacho se le quedó mirando, atónito, unos segundos. Luego le guiñó el ojo a Brigitte, y dijo:

—¡Zambomba, pero si el muñequito habla y todo! ¡Te lo cambio por dos ranas y un botón de calzoncillo!

El rostro de Pitzer se nubló, mientras Brigitte estallaba en otra carcajada. Por fortuna, el ascensor se detuvo entonces, y Pitzer consideró que no valía la pera discutir Se equivocó, porque no fueron sólo ellos dos quienes abandonaron el ascensor, sino también el muchacho del rostro aporreado y noble, que se colocó a un lado de Brigitte, y aulló:

—¡Todo el mundo en posición de firmes, que pasa la generala de mi corazón! ¿Alguien quiere probar mis puños? No. ¡Pues de rodillas, esclavos! ¡Ta-tí, ta-tí, taraniii! ¡Está pasando el amor por mi vida!

—¡Oiga…! —Se fastidió ya Pitzer.

—¡Déjelo, por favor! —le retuvo Brigitte, riendo sin poder evitarlo—. ¡Por favor, señor Pitzer, déjelo! ¿Qué mal está haciendo?

—Pues…

—¡A cien dólares la mirada! —El boxeador abría las puertas delante de Brigitte, y seguía tocando la trompeta—. ¡Quien quiera ver esta hermosura tiene que pagar a cien dólares la mirada! ¡Pero no se permite tocar! ¿Cómo te llamas, Reina de la Belleza?

—Brigitte —rió ésta—. Brigitte Montfort.

—¡Paso a Brigitte Montfort, siervos! ¡Postraros de rodillas ante su radiante belleza! ¡Cerrad vuestros legañosos ojos, si no queréis que su mirada os deslumbre hasta dejaros ciegos! ¡Empiece la música…! ¡Ta-ta-chín-tachín-tachín…!

—¿Qué significa esto? —Apareció un nuevo personaje—. ¿Qué es todo este escándalo en el periódico?

Habían llegado a un antedespacho, en el que una secretaria de mediana edad, más bien gruesa y que usaba lentes, miraba por encima de éstos, sobresaltadísima, al boxeador vociferante de los cabellos cortísimos; la puerta del despacho del fondo se había abierto para dejar paso a un hombre cuya aparición ahuyentó a todos los empleados del periódico que, riendo, seguían a Brigitte, Pitzer y el muchacho… Ante la puerta de aquel despacho, el hombre fulminaba con la mirada al boxeador, que gritó:

—¡Me parece que vienen a verlo a usted, jefe!

—Yo no soy su jefe —mascculló el nuevo personaje—, por la simple razón de que usted todavía no ha sido admitido en el

Morning. Y si quiere que le diga la verdad, dudo mucho que llegue a admitirlo alguna vez.

—¿Por qué? —Se pasmó el muchacho.

—Porque no me gusta la gente que grita…, y que además escribe tan mal como usted.

—¿Yo escribo mal? ¿Yo escribo mal? ¿Yo?

—¡Sí, usted!

—Bueno, aprenderé a hacerlo mejor. Y entonces, se va a enterar usted de quién es el mejor periodista deportivo de Nueva York, por no decir de toda USA, que es lo mismo que decir el universo mundo… Oiga, jefe: ¿se ha fijado en este bombón?

Michael Grogan enrojeció, y se quedó sin saber qué decir, pero, evidentemente, en cuanto reaccionase sería todo un estallido de furia. Era un hombre de unos cincuenta años, de porte distinguido, alto y atractivo, con las sienes ya canosas en abundancia, ojos oscuros, muy bien vestido… A Brigitte le gustó. Y como también le gustaba el joven de la nariz aporreada, se inclinó hacia él y musitó:

—Será mejor que te esfumes, si quieres ese empleo… ¿Qué tal si nos vemos luego en la cafetería?

—No podré —susurró el otro—: acabas de asesinarme.

—¿Qué…?

—Sí: acabas de matarme de felicidad.

—¡Márchate ya! —rió Brigitte.

—¡Te espero! ¡Pero no vengas con el enanito!

El boxeador salió a toda prisa, cerrando la puerta del antedespacho con tal ímpetu, que Miky Grogan, que ya iba a hablar, se estremeció y palideció, mientras, como todos, miraba, aterrado, los cristales, que se conservaron intactos de milagro. La puerta se abrió de nuevo, y apareció el muchacho, sonriendo tímidamente.

—Perdón… ¡Es que soy muy bruto, lo sé! ¿Perdonado? ¿Sí? ¡Gracias a todos!

Cerró la puerta cuidadosamente…, mientras Grogan permanecía con los ojos cerrados, temiendo el golpe. No llegó, así que abrió los ojos. Ante él, sonriente, estaba aquella bellísima y escultural joven que le recomendaba su amigo Charles. Parecía inteligente, pero… Bueno, nunca se sabe lo que una persona puede dar de sí. El aspecto, muchas veces, no significa nada. Claro que el aspecto de aquella jovencita era impresionante… ¡Impresionantísimo!

—¿Quién es él? —preguntó Brigitte.

—¿Qué…? ¿Quién?

—Ese chiflado tan simpático.

—¿Simpático? ¿Ese cretino es simpático? ¡Está loco como una cabra, así que no entiendo por qué le resulta simpático a todo el mundo, menos a mí! Terminó la carrera el año pasado, y, desde entonces, lo tengo por aquí casi todos los días, con montones de artículos deportivos de toda clase, y organizando unos jaleos tremendos en todos los pisos del periódico… Me parece que ha estudiado en Yale, o en Harvard, ahora no recuerdo… Le he publicado algunos artículos.

—¿Por qué? —Alzó las cejas Brigitte.

—¿Por qué demonios ha de ser, sino porque eran buenos? —masculló Grogan—. Bueno, parece que no necesitamos presentación, ¿no es así?

—No —sonrió la preciosa—. Ya sabemos que usted es el señor Grogan, y que yo soy Brigitte. ¿Cómo se llama ese chiflado?

—Minello. Frank Minello. ¿Acaso le interesa?

Brigitte Montfort se limitó a sonreír. ¿Era posible que Grogan no hubiese comprendido todo lo que el tal Minello valía como ser humano? ¿No había visto el fondo de sus ojos, su gran boca, la nariz aporreada, de ingenuo que se deja cazar una y otra vez a golpes…? ¿No lo había visto?

—¿A usted, no? —musitó Brigitte.

—¿A mí? ¡Tiemblo cada vez que aparece por esa puerta…!

La puerta de la habitación se abrió una vez más, aquella noche. Tendida en la cama supletoria, todavía en sus labios la sonrisa de los recuerdos; Brigitte Baby Montfort entreabrió los párpados.

Y pudo ver a la monja.

Capítulo VIII

Pero no era sor Sulpice.

Era una monja… gigantesca. Sí, gigantesca. Por lo menos medía metro ochenta, aunque caminaba encorvada, como encogida, como si tuviese complejo de excesiva estatura. La enfermera había vuelto la cabeza hacia la puerta, y contemplaba, asombrada, a la monja. No la conocía. Vaya, aquella noche estaba concentrando personal nuevo en el hospital… Aunque aquella cara le recordaba algo… Sí, la había visto antes, pero no recordaba cuándo, cómo y dónde. Ah, sí… Oh, pero no podía ser: si era una monja, no podía ser un médico…

Cuando vio la pistola ante sus ojos, la enfermera casi los desorbitó, y en su garganta se formó un nudo de espanto.

—¿Quién más hay en esta habitación? —susurró la monja.

El espanto de la enfermera aumentó, porque aquella voz, sin duda alguna, no podía pertenecer a una monja.

—Póngase en pie —ordenó la monja—, y vaya a abrir el armario. Y no se aparte de delante de la puerta.

La enfermera obedeció. Le temblaban las piernas, y no se sentía capaz de decir una sola palabra. Abrió el armario, de modo que la monja pudo convencerse de que no había allí nadie más que el herido, la enfermera y Brigitte Montfort, que dormía.

Al menos, eso creía la monja, que, colocándose detrás de la enfermera, le golpeó en lo alto de la cabeza, con la pistola. La pobre mujer exhaló un gemido, y se desplomó al suelo. La monja fue a la puerta, y cerró con el pestillo interior. Luego, agarró la silla de la enfermera, la colocó junto a la cama supletoria, y tras contemplar a Brigitte durante unos segundos, sonrió secamente, apoyó la punta del silenciador sobre un seno de la divina espía, y apretó.

Baby abrió los ojos, «desconcertadísima». Llevaba muchos años haciendo comedia, así que le salió a la perfección. Miró a la monja,

mostró sorpresa, luego desconfianza, después desconcierto…

—Me parece que tu memoria está funcionando —rió la monja.

Brigitte se sentó en la cama de un salto, muy abiertos los ojos.

—¡Harry! —exclamó.

—Sí, señor —asintió la monja—; tu memoria es buena. Dime una cosa, Brigitte: ¿eres la agente Baby?

Brigitte abrió la boca, iniciando una sonrisa. De pronto, su gesto se nubló. Estuvo unos segundos contemplando fijamente a Henry Cooper, Harry para los amigos, y por fin, susurró:

—¿Qué haces aquí, Harry? ¿Qué significa esto?

—¿Te sorprende mi atuendo, quizá? Se lo he robado a una monja. La he agarrado, la he metido en un cuarto vacío, la he desnudado y la he dejado allí atada y amordazada para que no molestase, mientras yo utilizaba su hábito. Los espías somos capaces de cualquier cosa, ¿no es cierto?

—¿Eres espía, Harry? —se sorprendió Brigitte.

—¿Pretendes tomarme el pelo?

—Claro que no —se desconcertó Brigitte—. ¡Dios mío, no entiendo lo que está pasando! ¿Qué pretendes qué significa…?

—Tranquilízate —dijo irónicamente Harry Cooper—. Hay que tener serenidad, querida mía. Podemos dedicar unos minutos a charlar, desde luego. No debería hacerlo, pero… es imposible para mi vanidad y mi rencor desaprovechar esta oportunidad. ¿Eres la agente Baby o no?

—Sí… Sí, lo soy.

Henry Cooper, Harry para los amigos, movió la cabeza, como maravillado.

—¿Qué te parece? Jamás se me habría ocurrido… Eso significa que Pitzer y tú me engañasteis, ¿no es así? Él me dijo que ninguno de los dos había sido aceptado en la CIA, y yo le creí. Luego, he estado siguiendo tu carrera periodística, tan brillante y afortunada, pero nunca pensé que hubieses continuado en la CIA, y que eras nada menos que la espía más famosa y codiciada del mundo. ¡Si lo hubiese sabido…!

—¿Qué habrías hecho?

—Estarías muerta ya, yo habría cobrado la recompensa que ofrecen los rusos por tu cabecita, y en estos momentos sería el espía más famoso del mundo, y el mejor pagado de Rusia.

—¿Y por qué no de China, por ejemplo, Harry?
—Porque yo no trabajo para China, sino para Rusia.
—¿Para…? ¡No! No es posible… ¿Eres un espía, Harry? ¿De verdad?
—Pero no de tu categoría —susurró Cooper—. Hace años que estoy trabajando para los rusos, casi siempre en Canadá. ¿Nunca te interesaste por mí?
—Bueno, en ocasiones he encontrado compañeros de la Universidad, y hablamos de todos los que estudiamos juntos entonces… Claro está que te hemos mencionado, pero no sabíamos qué era de tu vida. ¿Por qué tenía que interesarme especialmente por ti, Harry?
—Supongo que tienes razón. Yo sí he sabido de ti, en todo momento, porque tú pronto te hiciste famosa, trabajando cómo periodista. Yo no he sido famoso en nada… Pero lo seré, a partir de ahora. Llevo muchos años trabajando para los rusos, y sólo he conseguido convertirme en un obrero especializado del espionaje. Y todo, por rencor… ¿Sabes quién tiene la culpa de que esté trabajando para los rusos?
—Supongo que vas a decirme que la tiene tío Charlie —señaló Brigitte hacia el herido—, por no haberte aceptado para la CIA.
—¿Tío Charlie? ¿Te refieres a Pitzer?
—Hace años que le Hamo «tío Charlie». Como comprenderás, es lógico que las personas que conviven mucho tiempo, y que están unidos por una vida de peligro constante, se encariñen unos con otros.
—¿Cómo habría de comprenderlo, si yo no he vivido esa faceta del espionaje? ¡Ni siquiera de eso me dejó disfrutar Pitzer! Me echó, como si fuese… un trasto inútil. Yo no he tenido amigos, como tú, con los qué compartir alegremente los triunfos. Ni siquiera he tenido auténticos triunfos. Sólo pequeños trabajos, labor rutinaria… ¡Pero yo quería ser espía, y puesto que mi patria no me aceptaba…!
—Harry, estás equivocado. Tío Charlie te rechazó por tu propio bien: no sirves para espía.
—¿No sirvo? —rió guturalmente Cooper—. ¿No sirvo?
—Claro que no, Harry. Incluso yo te lo dije. Tú mismo te has definido: un obrero del espionaje. ¿Vale la pena eso? ¿No te habría producido más satisfacciones o mayor tranquilidad de espíritu ser

un honrado ciudadano norteamericano, simplemente?

—¡No!

—Está bien, Harry. No vamos a discutir, ¿verdad?

—No. No discutiremos. Pero tú tienes que saber la clase de vida que he llevado, siempre temiendo algo, mal pagado, un oscuro peón ignorado, en una lucha gigantesca, en la que yo no he decidido nada…

—Y encima, traidor.

—¡Sí, encima de eso, traidor! Pero… ¿qué importaban mis pequeñas traiciones, a fin de cuentas? ¡Bah, trabajos insignificantes! ¿Necesitaban un auténtico norteamericano para hacer alguna cosilla en Estados Unidos, o en Canadá, o en otro lugar cualquiera…? ¡Pues ahí estaba el tonto de Harry Cooper! Esa ha sido mi vida, año tras año… ¡Y mientras tanto, tú llegabas a la cúspide!

—Quizá tú habrías destacado más que yo, en otra actividad.

—Quizá. ¡Maldita sea mi estampa, tantos años conociendo a Baby, y sin sospechar siquiera que podías ser tú…! ¡Cuánto tiempo perdido!

—¿Y durante todo este tiempo, nos has estado odiando a tío Charlie y a mí?

—Ah, no. Bueno, es cierto que os guardaba un rencor que el tiempo ha ido esfumando. Pero no odio, claro que no. De ser así, os habría matado a los dos, hace años. Pero…, ¿qué habría ganado matándote a ti? Nada. Y además, no había para tanto. En cuanto a Pitzer, ¿por qué matarlo? Yo sabía que continuaba en la CIA, y dónde encontrarlo. Conocerlo me ha proporcionado unos diminutos triunfos, que los rusos me han pagado mezquinamente…

—¿Quieres decir que los rusos saben que tío Charlie es el jefe de la CIA en Nueva York?

—Claro que no. Con el tiempo, he aprendido, cuando menos, a ser astuto, así que me he guardado muy bien de proporcionarles esa información, pues entonces la habrían utilizado ellos, y me habrían dejado aparte.

—Comprendo. Bueno, eso es muy conveniente para tío Charlie, Harry. Gracias. ¿Y respecto a mí? ¿Has comentado con los rusos que ibas a cazar a Baby, que era una compañera de Universidad, mi nombre…?

—¡Eso todavía menos que lo de Pitzer! —exclamó Cooper—.

¡Claro que no les he facilitado semejante información! Seré yo quien obtenga fruto de este conocimiento, no ellos. Aunque… todavía no he salido de mi asombro, sinceramente. Cuando te vi, desde el coche en el que estaba dando vueltas por aquí, no podía creerlo. Primero, sí, me sorprendí, y eso fue todo. Pero comencé a pensar, a pensar, a pensar… Si estabas aquí con Pitzer, quería decir que seguías teniendo contacto con él, claro. Pero, aun así, ¿por qué tenías que venir tú a atender esta situación? Y de pronto, me dije: esto es lo que haría Baby, lo que viene haciendo durante todos estos años, cuando hieren o matan a un agente de la CIA, a un «Simón»… Me quedé atónito. ¿Podía ser posible? ¿Podía ser Baby mi bella e ingenua compañera de Universidad…? Hasta que me dije: ¿Por qué no? Tiene que ser alguien: ¿por qué no precisamente Brigitte?

—Y has decidido obtener provecho de ello.

—Por supuesto. Simplemente, te voy a matar, y luego iré a decirles a mis jefes rusos que he terminado con Baby, y les diré que eras tú…

—Quizá no te crean. ¿No sería mejor que me llevases viva?

—¿Por quién me tomas? —rió Harry Cooper—. ¡Sé muy bien que, en todos estos años, nadie ha sido capaz de apresarte! ¿Por qué habría de conseguirlo yo, un simple obrero del espionaje…? Ah, no, no, querida. Nada de riesgos: simplemente, te mato y me voy.

—¿También matarás a tío Charlie?

—¡Naturalmente!

—¿Por qué? ¿Por qué disparaste contra él, Harry? ¿O quizá no fuiste tú quien le hirió?

—Claro que fui yo. ¿Por qué? Bueno, yo estaba en el Hugonote *Snack*, recibiendo instrucciones de mi jefe de zona cuando…, ¿a quién veo entrar? ¡Nada menos que al señor Pitzer! ¿Y qué tenía que pensar yo al respecto? ¡Pues, naturalmente, que Pitzer me estaba vigilando!

Brigitte Montfort movió la cabeza, con gesto de pesar.

—Harry, si tío Charlie te hubiese estado vigilando, no te habría sido fácil disparar contra él. ¿No pensaste en ello? ¿No pensaste que un hombre que tiene a sus órdenes docenas de agentes, no tiene por qué hacer personalmente esa clase de trabajo? Y además, sabiendo que tú le conocías. Harry, Harry, Harry…, ¿no lo comprendes?

—¿No me estaba vigilando?

—Cielo santo, claro que no… Entró en el Hugonote *Snack* a telefonear, por asuntos suyos, eso fue todo.

—No telefoneó a nadie.

—¿Cómo que no?

—No. Utilizó eso del teléfono como pretexto para entrar y salir del Hugonote. No telefoneó… Todo lo que hizo fue llamar, y colgar en seguida. Volvió a llamar, y colgó también en seguida… Fue un simulacro, un pretexto para entrar en el Hugonote…

—Era una contraseña —Brigitte estaba pálida ahora—. ¡Dios mío, cómo se complican, a veces, las cosas más simples! Él sólo utilizó una contraseña con un compañero de Ottawa, Harry.

—No es cierto. Él me vio en el Hugonote, entró para ver con quién me entrevistaba, y, tras simular que telefoneaba, salió… Así que yo salí tras él. Tenía que eliminarlo, ¿comprendes? Sabía que no había llamado por teléfono, así que nadie sabía lo que él había visto allí dentro. Si le dejaba vivo, no sólo estaría en peligro, por lo que la CIA pudiese hacerme, sino porque los rusos, cuando mis jefes fuesen atacados por la CIA, pensarían que yo había cometido algún error de importancia, y ciertamente que me lo harían pagar… ¡No podía permitir que Pitzer fuese por ahí, hablando de lo que había visto en el Hugonote!

—Oh, Dios mío…

—¡Deja ya de lamentarte!

—Harry, no me lamento por mí, sino por ti. ¿Sabes lo que va a ocurrir ahora? Como es natural, no conseguirás salir del hospital, así que la CIA te cazará, y te obligará a decir todo lo que sepas sobre el espionaje ruso en Canadá. Claro que eso no tiene gran importancia, en los actuales sistemas de espionaje, pero siempre se aprende algo…

—Podré salir del hospital. Y nadie sabrá nada de mis jefes. Ni de mí. Entré con una bata de médico, y saldré con un hábito de monja. ¡Nadie sabrá nada de lo ocurrido! Excepto mis jefes, a quienes les contaré que lo de Pitzer fue un truco mío para atraer a Baby, y terminar con ella… ¡Por fin, tendré el puesto que siempre he deseado en el espionaje! ¡Por fin!

—Lo único que puedes tener es una celda en Estados Unidos, por traidor, o la muerte, si no me entregas esa pistola.

Henry Cooper rió nerviosamente.

—¡Desde luego, eres fantástica! ¡Tengo que comprender que, durante estos años, hayas tenido éxito! Parece como si tuvieses controlada la situación, como si todo lo hubieses previsto, y nada pudiera salirte mal… Sí, tienes serenidad, de eso no cabe duda, Brigitte. Pero ya has terminado, has llegado al final de tu larga caminata. Se acabó para ti, comienza ahora para mi.

—Harry, no quiero olvidar todo lo que vivimos juntos… Recuerdo días de lluvia y risas, días de fatiga por el estudio, de diversiones en Coney Island, de juventud que jamás volverá, de recuerdos que forman parte de mi vida… Harry, te lo suplico: concédeme sólo el pequeño consuelo de conservar tu vida. ¡Por favor, Harry, por favor!

—Estás loca —jadeó Cooper—. ¡Estás loca, soy yo quien te va a matar a ti, y parece como si fueses tú quien pudiese matarme a mí! ¡Estás loca!

—Harry —las lágrimas aparecieron en los ojos de Brigitte Montfort—. Harry, Harry, no me obligues… ¡Por Dios, no me obligues!

—Estás loca, Baby —tembló la voz de Henry Cooper—. ¡Vete al infierno!

Plop, chascó el disparo en la habitación…

… Y la cabeza de Henry Cooper, Harry para los amigos, reventó debido al balazo que llegó por detrás. Ni siquiera tuvo oportunidad de acabar de apuntar al centro del pecho de Brigitte, ni de gritar. No tuvo tiempo de nada, sólo de morir, silenciosamente, sórdidamente, sin pena ni gloria, como había vivido.

Las salpicaduras de su cabeza alcanzaron de lleno a Brigitte, que permaneció inmóvil; lívido el rostro. Ni siquiera se movió cuando el cuerpo de Harry Cooper cayó hacia delante, arrastrando la silla, y quedando hecho un trágico y grotesco ovillo a sus pies.

En la cama, el herido estaba sentado ahora, y sostenía todavía en alto la pistola con la que acababa de disparar. De pronto, saltó de la cama, medio convertido en una momia, debido a los vendajes, y, tras apretar el timbre que llamaba al servicio médico de urgencia, corrió hacia Brigitte, la agarró por los brazos, la puso en pie, y la apretó contra su pecho…

Así los encontró Simón-Ottawa cuando entró, apenas tres segundos, más tarde, en la habitación, seguido de otros dos

hombres, todos armados. Vieron a la enfermera y a la «monja», y Simón señaló a la enfermera, que fue atendida inmediatamente. A la «monja», bien claro se veía, ningún cuidado podría servirle ya de nada.

—¿Es él? —preguntó Simón-Ottawa.

—Sí —musitó Minello—. ¿Se encarga usted de todo? Voy a llevarme a Baby de aquí. Si nos necesita, estaremos en la habitación donde trasladaron al señor Pitzer.

—De acuerdo, Tuthankamon.

Todavía con medio cuerpo y la cabeza vendada, Frankie Minello sacó de allí a Brigitte, que, simplemente, le dejó hacer, como dejaba que las lágrimas se fuesen deslizando por su rostro…

—Por suerte, no soy enemigo de ella… ¿Qué ha pasado realmente, Clayton? —Miró a Simón-Ottawa—. ¿Ella sabía que este hombre iba a venir? ¿Precisamente este hombre?

—Sí —murmuró Simón-Ottawa, mirando a la «monja»—. Ella encargó a Tuthankamon que se pusiera en contacto con Nueva York, desde donde pidieron a la central el mejor dibujante disponible, que llegó en pocas horas a Ottawa. El dibujante y Tuthankamon se fueron al Hugonote, y preguntaron por las personas que habían habido allí tal día a tal hora. Era fácil recordarlo, porque había sido el día y hora en que apareció «aquel hombre caído en la calle, con un balazo en la espalda». El dibujante fue haciendo las «fotografías» que le dictaban el propietario y el camarero del Hugonote. Una vez conseguidas todas las que habían recordado esos dos hombres, Tuthankamon se las trajo a Baby, y, entre esas fotografías, ella identificó a este hombre, lo recordó en el acto. No sabía por qué había disparado contra el jefe de Nueva York, pero aunque éste todavía está muy grave, ella preparó las cosas de modo que la versión oficial fuese que estaba mejor, y fuera de peligro. Con ello, obligó a este hombre a venir al hospital, para rematarlo. Y como ella sabía que vendría, le… limpió el camino, nos indicó que debíamos escondernos, y lo esperó ella sola…, con la esperanza de que todo terminase bien, pero tomando sus precauciones, por si las cosas se ponían mal, de modo que puso a Tuthankamon en la cama, como si fuese el otro. Todo lo que tenía que hacer Tuthankamon era esperar los acontecimientos. ¿Y sabes qué ocurrirá ahora?

—No. ¿Qué…?

—Con el resto de las fotografías, y haciendo una visita al domicilio de este hombre, pues alguna documentación debe llevar encima, es muy posible que les demos un buen disgusto al servicio secreto ruso, instalado en Canadá, nada menos que en Ottawa…

Este es el final

—¿De verdad está bien, tío Charlie? ¿De verdad?

Charles Alan Pitzer soltó un refunfuño.

—Ya le he dicho varias veces que sí, ¿no es cierto? ¡No entiendo por qué insiste tanto! Mejor dicho, sí lo entiendo: está usted esperando a que yo me halle fuera de peligro para marcharse, ¿no es así?

—Así es —sonrió Brigitte Baby Montfort.

—Pues lo que es por mí, ya puede marcharse cuando quiera. Estoy bien… Un poco débil, delgado, viejo y achacoso, pero bien. No moriré de ésta…, gracias a usted, Brigitte.

—Digamos mejor que usted se debe la vida a sí mismo.

—No comprendo —murmuró Pitzer.

—Usted sabía muy bien lo que hacía cuando hace ya muchos años fue a preguntarle a una jovencita universitaria: ¿quiere usted ser espía? Ya ve: gracias a eso, está vivo, ahora.

—No lo sé —musitó Pitzer—. Quizá si no hubiese ido por ahí preguntando «¿quiere usted ser espía?», ahora yo no estaría herido, ni habría muerto Harry Cooper, ni habrían ocurrido cosas… que jamás debieron ocurrir.

—Tío Charlie, lo que ya sucedió, sucedió, y nadie podrá cambiarlo. Pensemos en hacer cosas mejores, de aquí en adelante: eso sí es positivo e inteligente. ¿De verdad está usted bien del todo?

—De verdad —sonrió Charles Pitzer—. Salude en mi nombre a Número Uno.

—Lo haré… ¡Lo haré! —Brigitte se inclinó a besar al convaleciente espía veteranísimo, que yacía en la cama, esperando ya, simplemente, el paso del tiempo que le pondría definitivamente bien—. ¡Nos veremos pronto, tío Charlie!

—No se dé prisa. ¡A ver si tropieza, y se rompe la naricita!

Brigitte ya no le oía, pues había abandonado la habitación.

—¿Adónde va, tan de prisa? —preguntó Simón—. Por mucho que corra, llegar lejos tiene su proceso. Esa chica debería tomarse las cosas con más calma, ¿no le parece, Pitzer?

—Ya lo hace… cuando es necesario. No se le puede pedir más, me parece a mí.

FIN